



Producción

Honorable Ayuntamiento de Culiacán
Primera edición, noviembre de 2005

D.R.© Honorable Ayuntamiento de Culiacán

D.R.© Glafira Rocha

Maritza López, editora

Colección

Palabras del Humaya

Diseño

El Alquimista

Fotografía de portada: Lérica Mojica-Rodríguez

ISBN: 968 5442-44-4

Editado y hecho en México

Prohibida la reproducción total o parcial de la presente publicación, por cualquier medio, sin previa autorización de los propietarios del derecho reservado.



HONORABLE AYUNTAMIENTO DE CULIACÁN
DIRECCIÓN DE CULTURA



*Para mi mamá, la Miny,
siempre lista*





Palabras previas

(que no pretenden ser prólogo)

En este tipo de textos es menester, casi siempre, utilizar de entrada los juicios u opinión de alguna autoridad en la materia, pues de esa manera se insinúa conocimiento, erudición y tal vez hasta estudios de doctorado en el extranjero y algo de inteligencia y metodología. Las cosas se complican cuando los textos fueron escritos por una mujer, pues de inmediato asoman las cuestiones de género, y soslayar tal perspectiva puede ser, en estos tiempos, un pecado capital. Como no le temo al qué-dirán, dejaré a un lado tales cuestiones y simplemente hablaré de los cuentos de Glafira que tienes en las manos.

En aras de la verdad y la ortodoxia debo rectificar la línea anterior: “...hablaré de los *textos* de Glafira que tienes en las manos”. Porque en las páginas de este libro no encontrarás solamente “cuentos”, sino también relatos, narraciones –sutilezas semánticas e inevitables resquemores académicos– y qué sé yo cuántas cosas más, pues la primera virtud que debo apuntar de esta autora es que busca la eficacia de sus textos más que el apego al dogma impuesto por los géneros o por una preceptiva caduca. Sin embargo, todas las historias que ella nos cuenta responden, con creces, a las recomendaciones o características del cuento que manejan cuentistas por antonomasia como Hemingway, Cortázar, Piglia, etcétera; o a los parámetros fijados por algunos de los nuevos teóricos del género. Los textos

de Glafira sugieren más que dicen; siguen el principio del témpano de hielo (sólo se ve una octava parte de su masa), tienen otra historia (más importante) atrás de la que se está contando y queda en primer plano, cuentan con intensidad y su desarrollo es vertical... en fin, son cuentos actuales no sólo por los temas sino también por su tratamiento.

Y éste es otro punto que me interesa señalar: la preocupación formal y la voluntad de estilo. Ciertos paladines de la teoría del cuento le niegan a este género las posibilidades formales de búsqueda o experimentación. Y lo hacen a pesar de que la rebeldía a tales cánones es uno de los rasgos más interesantes del cuento latinoamericano de nuestros días, pues se ha lanzado a buscar y, en muchas ocasiones, no se ha quedado en eso, es decir, ha encontrado. En otras palabras, no busca por buscar sino para encontrar, aunque esto haya significado ir contra la corriente trazada por academias y editores.

En esa línea se encuentran los textos de Glafira Rocha. Siempre está preocupada no sólo por contar sino por hacerlo de la mejor manera, echando mano de las técnicas y recursos narrativos más adecuados para el asunto que va a relatarnos. De ahí que alcance la eficacia sin grandes problemas, aunque esto represente sacrificar, en ocasiones, elementos que se consideran “indispensables” en cualquier relato; me refiero a la ubicación espacial, las delimitaciones temporales o el perfilado de personajes.

Estas irreverencias le permiten entregarnos, paradójicamente, voces desnudas, historias despojadas de adornos o ropas inútiles, lo cual reclama, por otra parte, la colaboración del lector. Sin embargo, sus cuentos no son laberintos a descifrar, ni hay un minotauro al final; son senderos a recorrer con el oído, invitaciones a dejarse llevar por los sentidos y las tramas, por voces, sentimientos, pasiones y fantasías de todo tipo.

Porque si bien la realidad concreta de nuestro país late en algunos de los textos, en otros palpita la imaginación y algo cruelmente lúdico.

Pero, tal como decía al principio, estas líneas no aspiran a prologar el manajo de historias que integran *Tales Cuentos*; mi intención era y es mucho más humilde: sólo quiero invitarlos a franquear la entrada despojándose de prejuicios y desplegando sus sentidos, pues sólo de esa manera es posible disfrutar de este libro que espero y deseo sólo sea un preludio a otros que confirmen el talento de Glafira.

Orlando Ortiz



Cuentos





Llaves

Tomó aire, no pudo salir, doble llave ¿dónde las había dejado? regresar al cuarto, ver a la esposa sobre la cama, arrugar la carta y tirarla al piso ¿y las llaves? lugares comunes, manojos de llaves, llavero torre eiffel, encima de la mesita, sobre la televisión, tal vez dentro del clóset, probablemente en el librero, cerca de la lámpara, detrás del sillón, encima de la taza del baño, en la regadera, seguramente en el cajón donde están los calcetines, un momento de reflexión, tres pasos a la inversa, dos a la derecha, no, debajo de la cama, quizás en la cocina, sobre la estufa, dentro del refrigerador, entre las sillas, el microondas, en el horno, detrás de los cuadros, en la gaveta de los platos, en los vasos de cristal cortado, dentro del baúl de la sala, sillones, cojines españoles, detrás de la plantita, en alguno de los libros, el quijote, niebla, biología de las pasiones, último round, larousse, maya, diálogos, de fusilamientos, sección amarilla, records guinness, el cuarto de lavado, la secadora, un bote de shampoo para ropa, nada, el espejo, la medicina, el perfume, el anillo que ella perdió, el jabón, la pasta de dientes, un cepillo con barbie, los patitos en la tina, el cuarto de los niños, los dibujos, un zapato, los cuadernos, las tablas de multiplicar, el ábaco, el pizarrón, las tacitas de té, el cajón de los pañales, el cajón de los calzones, el cajón de los juguetes, la muñeca fea, barbie malibú, ken divorciado, barbie embarazada, un niño de

diez años en el piso, hot wheels en su pequeña mano, un pequeño pie amoratado, un pequeño dedo, una pequeña pierna, un pequeño brazo, una pequeña cabeza, un charquito de sangre, el timbre, ding dong, el orificio, nadie, no hay tiempo, las llaves, la recámara, la cajonera de la esposa, ropa interior, el brasier, las medias, las tangas, la pijama, las blusas, un suéter, recoger la carta y releerla, esa letra extraña, tres años, un te amo, un estúpido, una esposa muerta en la cama, su brazo, cabeza, cabello teñido, pestañas rizadas, los labios pintados, ojos que ya no ven, de nuevo el timbre, la puerta, el ojo, el dueño de la carta, las llaves, el baño, la regadera, la tina, los patitos con sangre de la niña, la niña en la tina, el bracito torcido, los ojitos cerrados, el cuellito roto, el timbre, el timbre, el ojo en la puerta, el extraño de la carta, el extraño trae las llaves torre eiffel, un golpe, tres años, la cabeza contra la pared, nunca darse cuenta, líquido viscoso dentro de los ojos, la ceguera, una patada, costillas fracturadas, una silla estrellada en el cráneo, un marido muerto, un extraño que cierra con doble llave antes de salir.



Nunca serás nada

*Ventanas de mi cuarto
de mi cuarto de uno de los millones
del mundo que nadie sabe cuál es
¿y si supiera cuál es, qué sabrían?*

Álvaro de Campos, *Tabaquería*

Te asomas a la ventana, el día no cambió para ti, por fin el almanaque terminó de contar el tiempo y tú observas que las nubes no te dejan enfrentarte al sol. Recuerdas tu ignominia y lentamente como el tigre buscas a tu presa, no ves a nadie, sólo a ti mismo, tendrás que caer en tus propias garras. Caminas de un lado a otro, no sabes lo que quieres. Como siempre, te refugias en los libros, tratas de encontrar la respuesta, pero ahora ellos no te dicen nada. Arrojas uno y te das cuenta de que has roto un jarrón, el único objeto que te legó tu madre. Preocupado tratas de reconstruirlo, pero los pedazos son demasiado diminutos para el pegamento. Observas el techo por un rato, miras de nuevo por la ventana, te abstraes en pensamientos irracionales. Ves una presa, sí, la hija de la vecina ha salido a la escuela, su mochila es tan grande que la protege por completo, ella se va y tú piensas cuando tu padre te llevaba de la mano a la escuela, rápidamente borras ese recuerdo, nunca debió salir y menos en este momento.

Estoy en la ventana, el cielo tiene un color extraño, nunca debí romper el jarrón de mamá, nunca debí creer que fue un



regalo. Me he levantado tan temprano, he visto las nubes, pero jamás el sol. Imaginé que por primera vez estaba ahí para mí, para vernos frente a frente, para que me encegueciera y lograra cerrarme los ojos. No quiero ver, no puedo ver todos los días lo mismo, los niños caminando rumbo a clases, bañados, perfumados, con esa sonrisa permanente que se les irá borrando sin que ellos se den cuenta, como me ocurrió a mí, como le ha ocurrido a todos. Escucho el ruido tan cerca que zumba sin cesar, es un bip imparable, clavado día y noche, para recordarme que debo hacerlo, que ya no puedo esperar ni un día más. Siempre que despierto, verifico que todo esté preparado y en orden, pero al asomarme por la ventana y ver que la hija de la vecina camina atada a su mochila, me llega a la memoria como un imposible de olvidar, el día en que mi padre me tomó de la mano, me llevó frente a mi maestra, entonces mi sonrisa estaba grabada, me dio un beso y quedó sólo en el recuerdo. No puedo olvidar su sonrisa, no quiero olvidar ese último beso.

Sientes miedo, toda tu vida ha transcurrido alrededor de ese sentimiento tan conocido. Te retiras de la ventana, observas el objeto que te sacará del anonimato, te das la vuelta para no verlo. Buscas entre los discos tu preferido, lo escuchas. Por primera vez bailas, bailas sin parar, das vueltas y empiezas a ver cómo todas las cosas danzan contigo, cómo el zumbido de los oídos se apaga, te sientes mareado, por poco llega el vómito pero lo reprimes para no ensuciar la habitación. De nuevo te colocas en la ventana, no pasa nadie, parece que ese día no han querido salir, todos se han refugiado en sus casas para reírse de ti a escondidas. Están cavilando tu muerte. Se han reunido en la casa de la vecina y será la hija de ella quien vendrá a asesinarte.

Quiero bailar de nuevo; mi madre me enseñó que al bailar el alma se libera, todos creen que es con la risa, pero no, la risa es la burla, es el ridículo, es el llanto, es el nervio, pero

nunca la alegría. Todos nos reímos para mofarnos del otro, para señalarle sus errores, sus fealdades, pero jamás para asegurarle que somos felices a su lado. Con el baile navegamos en otro mundo, olvidamos el fracaso y nos creemos los mejores. Quiero bailar, pero nunca he sido un buen bailarín. Eso dijo mamá. Prefiero ver de nuevo por la ventana. Ahí va, es María, lleva ese vestido azul con el que enseña las nalgas, le encanta que todos la miren y yo no puedo dejar de hacerlo. Algunas veces creo que ella también me ve, entonces me refugio en la cortina, ella sonrío y se va meneando su trasero. ¿Por qué no tengo el valor de hacerlo?

Ya no lo pienses más, ha llegado el momento, ahí vienen todos, justo lo que esperabas, hazlo, ellos creen que es el día más feliz de su vida, obsérvalos, todos ríen, esos pequeños recién bañados y peinados se ríen, creen que son felices porque van al museo, los llevan a conocer la obra de arte de un desconocido, pero ellos ríen. Ve como algunos se toman de la mano y se dicen que serán los grandes amigos para siempre. Mira, hoy es tu día de suerte, también viene María, el vestido azul no deja nada a la imaginación, crees que sonrío contigo cuando en realidad se está burlando de ti. Es el momento, faltan pocos pasos para que ellos estén debajo y los pisotees, vamos, ve por tu salvación. Fueron los hombres quienes la crearon para que la usaras, son ellos mismos quienes desean que termines con su existencia. No tengas miedo, sólo unos cuantos pasos y el mundo se rendirá ante ti.

Estoy transpirando, el sudor ha entrado en mis ojos, no me deja ver, mis manos no responden, tengo que hacerlo, no puedo quedarme otro día más observando desde esta ventana. No la encuentro, no puedo sujetarla.

Agárrala, ahí está, a un lado de la ventana, la colocaste ahí desde que te levantaste, dormiste con ella, vamos, toma el arma,

elegiste la mejor, la de mirilla, para alcanzar a ver sus rostros mientras caen, para verlos cuando te supliquen que no lo hagas, para observar que corren como hormigas y se esconden en su hormiguero.

Están caminando muy rápido, no puedo verlos, me he quedado ciego, veo la mancha azul y su contoneo, nuevamente el zumbido. ¡No quiero hacerlo! ¡Tienes qué hacerlo! No puedo. Estás preparado para esto. No debo. El deber no importa. Ya se van. Todavía es tiempo. No quiero. Agarra el arma, apunta, ahí está la hija de la vecina, a ella primero. Tengo miedo. Ahora no puedes acobardarte, hazlo, se están yendo. Ya se fueron... Sí, se han ido. ¿Qué hacemos? Esperar, esperar, duerme, duerme, mi niño, duerme.



Signos entreverados

Vi la cara de todos. Llegué tarde porque no podía tomar un taxi, podría decirles, sé que seguramente alguien reclamará mi impuntualidad, pero al subir las escaleras y no escuchar algún ruido, me dio mala espina. Ellos no saben por las que yo he pasado, no se puede caminar dos calles y regresar porque se te olvidó la botella de vino que prometiste; ir por ella, dar un paso en falso y romperla. Ellos no se dan cuenta que para comprar la botella tuve que pedir prestado a un amigo de la oficina, eso nunca lo sabrán, pero reclaman si no llego temprano. Tendré que decir que el cajero automático no funcionaba, pero eso dije la semana pasada en el cumpleaños de José. Sólo voy para verlo a él, sé que en estos momentos me necesita, ahora sí podré decirle todo. Las escaleras estaban en silencio, creí que seguramente leían el oráculo como acostumbramos, pero un grito me hizo detenerme un rato, no podía llegar todavía sin tener la mentira perfecta para que ellos no pensarán que soy un tonto por romper la botella. Nuevamente otro grito. Toqué a la puerta, supe lo que iba a decir: llegué tarde porque fui a cinco vinaterías y no encontré un *Sangre de toro*, el mejor vino tinto, el que sólo puedes beber en ocasiones especiales. Nadie abre, toco de nuevo, por fin el rostro pálido de Imelda.

Imelda. Fui al baño porque ya me había tomado demasiados diuréticos, café con ron para ser precisa. El retrete empezó a moverse, al parecer alguien tenía urgencia de que se desocupara el baño, pero no podía abrirle, tenía que subirme los calzones y para colmo noté que ya había en ellos unas gotas de sangre. Como pude, me puse papel, me levanté, lavé mi cara y abrí, era Samuel, quiso besarme, pero yo no mantuve el equilibrio y un hueco de tiempo se registró en mi memoria, después, me fui a buscar algo de comida. En realidad quería que se me bajara el estado etílico. Empezaba a comer una rebanada de betabel cuando escuché el dictamen, lo inevitable, nuestro clásico momento del I Ching. Me dio mucha flojera que en plena reunión se pusieran a leerlo, pero me acerqué a Mariana y le susurré al oído ¿tienes una toalla sanitaria? Ella me vio y yo vi los ojos de José.

José. Desde que me desperté tuve un presentimiento, ella me dejaría. Estuve sentado muchas horas, no sé cuantas, en la banca del parque frente a su casa. Recordé que ese día tocaba reunión semanal. Al entrar y verla, me di cuenta de que todo había terminado. Samuel intentaba besarla, pero ella entre la borrachera lo rechazaba, sin embargo, al verme lo abrazó. Quise irme, arrojarme a un auto, tirarme de un puente, pero no, era mejor esperar a Roberto. Él era quien me tranquilizaba, quien siempre le daba un orden a mi cabeza revuelta, sí, esperar a Roberto y decirle lo que esta perra me estaba haciendo, esperar a Roberto y tomarnos juntos el *Sangre de toro*, esperar a Roberto, esperar a Roberto. Pero no te quedes parado, pasa, pasa, me dijo Mariana.

Mariana. Les pedí que fueran puntuales porque siempre llegan dos horas retrasados. No puede ser que si son tus amigos te tengan esperando. Desde las ocho de la mañana empecé a cocinar los bocadillos, tenía que sorprenderlos, nadie puede

decir que en mis fiestas no se les alimenta bien, así que cocí el betabel, lo rellené de queso y el jugo rojo lo dejé para acompañarlo con el centeno. Fui por el libro y me senté en la sala observando el reloj. Imelda fue la primera en llegar, traía el rostro desencajado, le preparé un café y le puse un poco de ron para que se relajara, sobre todo porque sabía que se enojaría conmigo al saber que invité a Samuel sin preguntarle, pero simplemente dio un gran sorbo al café y como para sí misma mencionó que era el día definitivo, ni modo, estaba enamorada de Samuel.

Samuel. Todo estaba escrito, ella era la iluminada, así que la llamé, le escribí, le leí. Ella parecía perdida y la encontré. Nadie te invitó, gritó como desesperada, pero Mariana salió en mi defensa. Entonces Imelda lloró, un largo silencio y llegó la frase “No te preocupes, al final, me quedaré contigo” fue lo último que le escuché decir. Un momento, la lectura y José tiró las monedas, arriba Li, Lo Adherente, la llama, abajo K’an, Lo abismal, el agua. El signo Wei Chi. *Antes de la Consumación*. El fuego está por encima del agua.

Ella se ve feliz, sus ojos no se pueden despegar de Samuel. ¿Por qué no llega Roberto? No me toques Mariana, no me beses, ella ni siquiera se da cuenta. Come algo, bebe algo, no los veas, no existen, ¿sabes? siempre te he querido ¿por qué ella y no yo? ya no la veas, decía Mariana, pero entonces notó que yo me rehusaba a escuchar sus frases estúpidas, se resignó y dijo, es momento de leer el oráculo, así que tomé las monedas y las tiré.

Sentí que mis piernas empezaron a mojarse con la sangre, pero no me importó. Después, los ojos de José, *Antes de la Consumación*. De nuevo los ojos de José, todo da vueltas, el color rojo, pensé que sería mi sangre, era tan abundante que chapoteé en ella. Luego supe que no era mía.

El rostro de Irene no era lo importante, sino verla bañada en sangre, me quedé mudo, porque aunque ellos piensen que hablo mucho, algunas veces puedo callar. Cerré la puerta, Mariana comía, José sostenía la costosísima navaja que le regalé en su cumpleaños, la imagen de la botella de *Sangre de toro* se vino a mi mente. José nunca sabrá que lo amo.

No vi a José, nadie pudo verlo, nadie sabe por qué lo hizo. Imelda me susurró algo en el oído, volteé a verla y después... pensé que era el jugo de los betabeles... creo que no debí invitar a Samuel.

Samuel. Todo estaba escrito. *El porvenir es tan irrevocable como el rígido ayer*, leí un poco antes en las primeras páginas del libro.



Hoja en blanco

Empezaron su camino al mismo tiempo: una movía la hoja de papel y se echaba aire; en la otra el cabello se sacudía, los mechones lacios le picaban los ojos, eso no le gustaba, le decía a mamá, ella le cortaba el fleco, pero de nuevo los cabellos revoloteaban, se metían aguzadamente en el lagrimal. Por días anidaban ahí, hasta que era necesario llevarla al doctor para que introdujera las pinzas. La niña entonces descansaba, después se tapaba el rostro con la cobija, pero la otra, la mujer, seguía echándose aire en la cara. Luego la niña tenía que destaparse. Sucedió de manera recurrente, la mujer sufría, se revolcaba en la cama, se levantaba en plena madrugada y ambas lloraban a la luz del espejo. La niña jugaba, las lágrimas corrían sin razón alguna, hacían pequeños arroyuelos en las mejillas, bajaban directo a la boca, la lengua se convertía en sal.

La mujer seguía viéndose al espejo, los días eran sus noches. Deambulaba por la mansión solitaria, bajaba al jardín y reconocía que en algún tiempo le gustaron las flores, veía el amarillo de los girasoles, llegaba la náusea, el abandono y el color, ese color de ojos que nunca volvió a ver. Regresaba a la habitación y tomaba la hoja, intentaba escribir algo, pero mejor se echaba aire, ese aire que viajaba a través del tiempo jugando con el cabello de la niña sola.

Cuando la niña fue a la escuela, todos se burlaron al ver su cabello despeinado, los ojos enrojecidos, ella respiró hondo, se sentó en la última butaca, nunca se levantó hasta que finalizó la primaria. Había dejado de ser una niña, se vio al espejo, sintió ese aire que le revolvía el cabello, tomó unas tijeras, acabó con la melena, se convirtió en la joven. La mujer, se transformó en la anciana que veía al pasado, recordaba entonces a esa niña tonta que permitía que todos se mofaran de ella y nunca hacía nada, ni hablar siquiera, sólo bajar la cabeza. Niña tonta, niña tonta.

Ahora eran cuatro las mujeres que divagaban en el tiempo: La niña, la joven, la mujer y la anciana.

La joven de cabello corto lloraba sin parar, sentía el coraje de la mujer en la que se convertiría posteriormente, entonces bajaba el rostro, no podía enfrentarse ni a ella misma.

La mujer había regresado al jardín para ver de nuevo los girasoles, quiso decirle algo a la niña, pero no pudo, sin embargo fue la pequeña quien habló con ella sin darse cuenta. La niña tomó la hoja, se echó aire por un momento y empezó a escribir, era una carta para su madre, preguntaba por qué nunca podía sentarse en las butacas de enfrente. Las faltas de ortografía se nublaban ante esos ojos con llanto. La joven tomó también una hoja, no pudo escribir nada, sólo empezó a brincar en el colchón con los deseos de estrellar su cabeza contra el techo, pero una reflexión de la anciana hizo que parara y mejor saliera a tomar el aire, ese aire que golpeaba en las pestañas, reseca la retina, opacando la mirada, distorsionando la imagen del espejo. La mujer se levantó, una necesidad inmensa de escribir la invadió, quería sentirse como cuando joven, cuando una vez que se cortó el cabello, saltó en la cama, salió a la calle, regresó y empezó a redactar ese diario que todos confundieron con novela. La mujer tomó la hoja, la vio, entró



el calor de siempre, la ansiedad por decir algo que no podía, decidió echarse aire.

El cabello de la niña se sacudía en pleno examen de español, las respuestas volaron, fueron a dar a los pies de la maestra, reprobada, se escuchó. La anciana calentó agua, aún no sabe si es para prepararse un café o la vaciará en su cuerpo para sentir un poco de calor, ese calor que perdió cuando aún olía girasoles, cómo lo extraña.

En el momento en que había que tomar decisiones para cambiar la fortuna de la vida, todas ellas simplemente cerraban los ojos, se cubrían el rostro, pero jamás mencionaban palabra alguna, todo se sacudía alrededor de ellas, al parecer nunca habían movido un solo dedo para decir sí o no. Algunas veces la muerte les guiñaba el ojo, les quitaba a los seres queridos. La niña se quedó paralizada al enterarse de que jamás volvería a ver a su madre, un espasmo la dejó impávida, enmudeció por un tiempo. La joven pensó que dejando de comer podría alcanzar a la amiga que sí pudo perecer. La mujer se encerró en una jaula al ver que su pequeño dejó de respirar. La anciana ya no sentía.

El único momento en que todas profesaban que por algo tenían un sitio en el espacio, era cuando se topaban con la hoja en blanco, ellas eran las únicas que podían llenar ese pedazo de materia con palabras, experimentaban un sentimiento de superioridad único, podían ser el Dios creador de un mundo lleno de personajes y objetos que se borrarían cuando la fuerza de su mano arrugara el papel. Entonces las palabras languidecían, temblaban ante el poder de esa mujer, de ese Dios superior, perfecto, de ese ser que todo lo sabía y todo lo podía, pero las letras no se daban cuenta de que Dios también puede ser débil.

Las cuatro mujeres se comunicaban sin darse cuenta, cada movimiento, cada paso modificaba a la otra, el aire las envolvía sin jamás juntarlas, sin embargo llegó el día en que ocurrió, todas, sin pensarlo, en el mismo instante en que observaban aletargadamente la hoja en blanco, la tomaron y se echaron aire. Ése era el reflejo para invocar a las palabras. Las cuatro hojas, que eran una sola, se movieron, un gran baile sincronizado se formó, todas pudieron ver por tan sólo unos instantes el rostro de las otras tres, sólo en el tiempo que puede durar la ondulación de una página. La niña quiso correr pero no pudo, la mujer fue invadida por el calor, la joven cerró los ojos, la anciana sintió la muerte y todo se acabó cuando otra mano, una superior a la de ellas, arrugó la hoja y la tiró al piso.



Último parpadeo

Cierro los ojos para sentir que no todo se ha perdido, es entonces cuando empiezo a desarrollar un mundo imaginario donde lo imposible es posible, donde puedo caminar libremente, donde encuentro un lugar para sentirme comfortable y desplazarme sin necesidad de que alguien pida que me quite porque ese sitio era suyo. Ese espacio que antes sólo existía dentro de mí misma, hoy se acerca a mí, esa fantasía por fin se ha transformado en verdadera.

Abro los ojos, todos están a mi alrededor y no puedo elucidar ninguna palabra. La visión se ha cerrado y por medio de un pequeño orificio puedo ver los rostros de algunos de mis familiares. Ahora se esfuman y aparece sólo la imagen de mi esposo, deseo que se quede permanentemente congelada como si fuera una fotografía, se ha ido, otra vez me deja sola. Cuando lo conocí se me quedó grabado ese lunar rojizo que tiene cerca del ojo, es tan grande que pensé que alguien lo había golpeado, sin embargo, parece que su seguridad se conserva por esa mancha roja que lo señala como algo monstruoso, no obstante llegué a pensar que ese rasgo distintivo era lo que lo hacía tan encantador para todas. Su rostro se borró hace mucho tiempo, ahora sólo recuerdo el lunar.

Cierro los ojos para entrar a mi lugar idílico, no hay nadie, recorro las paredes de la habitación y por fin me han dejado,

camino entre la noche y puedo descubrir que a mi lado está la niña imaginaria con la que jugué hasta los quince años; me toma de la mano y me lleva a su enorme casa de muñecas. Me adentro en ese palacio que siempre soñé y veo los cuadros que pendían en el sótano donde me refugiaba. La niña me pide que duerma por un rato, el camino será largo y tengo que descansar. Yo no quiero reposar ya lo he hecho por mucho tiempo, cuando esperaba a que todo llegara por arte de magia, creyendo que predicciones y pitonisas advertirían mi camino, me alejarían del daño y me acercarían la fortuna. A pesar de que he descansado durante tanto tiempo, creo que otro poco más no me haría daño. Ahora tengo que dormir para ver claramente lo bello que me espera, eso por lo que estoy dispuesta a renunciar a todo.

Abro los ojos, no ha pasado mucho tiempo de verlos a todos deambular de un lado a otro, están esperando que llegue el momento, temen decírmelo. Yo lo sé desde hace mucho tiempo, logré mitigar el dolor o acostumbrarme a él, pues resultaba más favorable. Mis hijos no han venido hoy a verme, piensan que les duraré eternamente, les he pedido tantas veces que caminen sin que yo los siga, han entendido todo lo contrario, andan entre vidas que no les corresponden y buscan salidas alternas. No se alejen hijos que no podré llevármelos conmigo. Tampoco teman por mí, lo sé desde hace mucho tiempo, antes de que ustedes lo percibieran. Este padecimiento me ha corroído primero las piernas hasta acabar con ellas, creí que eso era todo, caminar siempre con ayuda y volar cuando yo lo decidiera.

Cierro los ojos, estoy volando, puedo verlos a todos desde lo alto, están jugando a que ya me fui, no saben que ahora es cuando estoy más presente. Mi nieto camina, quiere tomar la mano de ésta su abuela, no entiende que ella ya no puede ni

siquiera mover los dedos, qué importa, si es ahora cuando realmente comprendo que las piernas no sirven de nada. Pretendí caminar cuando podía, sólo me quedé aletargada en los pensamientos absurdos de la vida. Ahora en este espacio donde lo posible es imposible, no existen los muros ni los laberintos que muchas veces me planteo para no salir nunca de ellos. Qué lugar tan maravilloso, lo verde es rojo y lo negro es blanco, no deseo acabar con esto, quiero quedarme en este lugar por siempre. Ya no quiero abrir los ojos, déjenme aquí.

Abro los ojos, tu cara es muy bonita aún hija, no se te nota la edad, tus ojos son como los de tu padre, lástima que no has heredado esa mancha roja, tal vez te daría personalidad y podrías haber encontrado un hombre que te cuidara ahora que yo ya no voy a estar a tu lado. Te dejo libre hija para que por fin puedas ver con tus propios ojos. Es momento de que entiendas que tu madre se ha acabado. Ahora besa a tu hermano para que perdone todos los vituperios que sembraste en su esposa. Tendrás que verle la cara a esa mujer que ya te odia sólo por ser la hermana, nunca quisiste que ella te aceptara, éste es tu momento hija, de lo contrario jamás podrás ver.

Cierro los ojos, he dejado de volar, el viento es frío y no sé de dónde viene esta corriente de aire que juega con mis uñas y las llena de tierra. Me sostengo de una especie de roca, no puedo ver ya nada, todo está oscuro, busco por un momento a esa niña mi compañera, no está, no hay nadie. Alguien se acerca, podría ser algún otro guía que me llevará a mi verdadero sitio, todavía no puedo reconocerlo, le digo que ya estoy preparada, lista para dejar ese mundo de ignominia. Aquí por fin descansaré, eso es lo que me han prometido a mí y a todos, por eso reclamo lo que me pertenece, quiero llegar a la cima más alta para que mi ser repose en otra existencia mejor de la que he vivido hasta ahora. Es un hombre el que se acerca,

me pide que tome su mano, siento un escalofrío tan sólo al rozar su piel. Él aprieta mis dedos, tanto, que siento un dolor de corazón dormido; intento jalar mi mano, él no la quiere soltar, me lleva casi a rastras y yo no puedo gritar, han tapado mi boca, alguien ha silenciado mi grito, mis ojos se han salido de sus órbitas, necesito respirar, quiero respirar, ese hombre no me suelta, déjame, yo creí que esto sería diferente, me han prometido las nubes y sólo recibo la tierra. El hombre me dice que ahí me quedaré, sin embargo un gran pájaro me toma entre sus garras, creo que me he salvado, no es cierto, sus pezuñas se entierran en mi vientre. Me haces daño, no me escucha, sólo canta y me arroja al vacío. He caído como una semilla y he entrado en la tierra, empiezo a florecer rápidamente, ahora soy un gran árbol frondoso. Dos extraños se acercan a mí, uno de ellos corta una de mis ramas y yo grito, mi tronco empieza a sangrar, el extraño se asusta y me pregunta qué puede hacer por mí para resarcir el daño que me ha hecho.

Abro los ojos, otra vez todos a mi alrededor, hay una mujer en la esquina de la cama que no alcanzo a reconocer, no la conozco, es una desconocida, trae un gran cirio en la mano derecha y con la otra sostiene un rosario que hábilmente maneja, creo que todos rezan, piden por mi alma y por mi salvación, mi hijo me da un beso en la frente, siento un vacío. Ahí está él, el hombre que antes me apretaba la mano ¿qué hace aquí? Yo no lo he llamado, éste no es su lugar, extiende su mano y me indica que me vaya con él, no quiero irme, me da miedo, rodea mi cama, se mete en medio de todos, ellos no ven, por fin llega muy cerca de mí. Pese a todo, he decidido mantenerme con los ojos abiertos, no quiero cerrarlos, nunca me iré con él, no podría permanecer en ese lugar tan sombrío, no puedo ser un árbol de las lamentaciones. Prometo que todo será diferente, dejaré de crear otro sitio paralelo al mío, desde

hoy realizaré esos sueños que antes me prometí hacer, ahora ya no podría quedarme sentada dejando que pase el tiempo y que todo se convierta en nada a mi alrededor, sólo quiero una oportunidad, una más para poder cambiar todo lo que antes no hice. El hombre me ha tomado de la mano, le pido a todos que me ayuden, parece que nadie me escucha, mi nieto es el único que llora, creo que es porque tiene hambre. Todos me observan sin siquiera parpadear, nadie cierra los ojos, nadie derrama una lágrima, son árboles que me golpean con sus ramas, ahora soy yo la que me aferro a ellos. Aunque el hombre grita que me vaya, no lo haré, esta vez no cerraré los ojos, los mantendré abiertos para estar alerta a todo ¿qué pasa? Es mi hija quien se acerca a mí ¿qué hace? ¿Qué quiere hacer? No, no, hija por favor, no quiero, no lo hagas, no cierres mis ojos, todo será diferente, dame una oportunidad, no me cierres los ojos, ahora quiero abrirlos.



Aliteración

Mónica espera, se sienta, tiembla de sólo pensar en que es la primera vez que aprieta el gatillo para ver cómo cae el cuerpo inerte de alguien, está decidida, no soporta ni un día más, escucha el sonido del retrete. Adriana abre la puerta y el proyectil entra en ella en tan sólo unos instantes, la cabeza de Mónica empieza a dar vueltas. ¿Cómo es que está matando a alguien? ¿Vale la pena? Sola se responde que sí, porque el descanso entra en su cuerpo, después guarda la pistola silenciosa y se dirige a prepararse un café, lo degusta tan lentamente que incluso los cardos incrustados en las ventanas le parecen orquídeas. No se escucha nada, ni siquiera el rumor de las empleadas que salen conmocionadas del baño de mujeres.

Nunca sabía por qué pero Adriana comentaba a sus amigas que desde que veía llegar a Mónica le daba mala espina. Cuando se observaban a los ojos todo se oscurecía en la oficina, los rayos caían en ambas y desde entonces jamás se saludaban. Una comentaba la incompetencia de la otra, sin embargo sabían que las dos eran las mejores en su oficio. Se arrepintieron cuando conversaban por primera vez. Fue en la posada de diciembre, las dos bebieron hasta que mitigaban sus rencores, hablaban de lo mal que se caían. A la mañana siguiente, cuando estaban dormidas en la misma cama, se horrorizaron y le echaron la culpa a la embriaguez. Todo continuaba igual. En la

oficina ya había partidos, los que le iban a Mónica y quienes estaban de parte de Adriana. Las de Mónica comentaban que el odio se generaba por envidia, mientras que las de Adriana decían que ella era más inteligente. Mónica escuchaba los comentarios y sólo se respondía “pobre andrógina”.

Todo pasó por un descuido o por una estupidez, pero el día en que compitieron para un mejor puesto las dos fueron vestidas de la misma forma, azul con rojo. Fue como si un espejo hubiera estado enfrente de la otra, una sonrisa oculta les ganó, poco a poco Adriana esbozó una risa más fuerte, a Mónica le dio un ataque de nervios, se tomaron el vientre y fue así como no arrojaron las tripas. Después les llamó el director, entró sólo una. La primera que lo hizo sostuvo una entrevista de alrededor de dos horas, mientras la otra se comió las uñas y se maquilló la nariz. La que estuvo dentro, tartamudeó un rato pero nunca entendió por qué ella no fue la elegida, contuvo el llanto, apretó las mandíbulas, suspiró y dio las gracias, cuando salió ni siquiera vio a su contrincante. La otra de inmediato adivinó que el puesto era suyo. Desde ese momento el odio se acrecentó más, la ganadora veía a la perdedora como sólo ellas pudieron entender. A las siguientes fiestas sólo se presentó una, era inevitable, ya no pudieron estar juntas. Los pasillos fueron eternos cuando ellas caminaron por ellos sin dirigirse la mirada. Nunca más pudieron verse a los ojos. Sin embargo, lo execrable llegó después, el novio de una de ellas empezó a cortejar a la otra, eso fue lo último que se supo, compartieron incluso hasta el mismo hombre. Después, desaparecieron.

Ambas empezarán de nuevo, desde el principio, se conocerán en la oficina y como una ráfaga de humo se entreverán en la penumbra y adivinarán que se odiarán desde ese momento en adelante. Un STOP. Alguien dijo que el tiempo futuro no importa, sino el presente, otros comentarán que es mejor el

pasado. Ellas pensarán simultáneamente en esa reflexión, sabrán que aun entre las marañas de la envidia son exactamente iguales, por eso Mónica deseará ser aquella mujer a la que detesta sin motivo; la perseguirá, observará, la imitará, al poco tiempo, ya no se sabrá quién es quién. Ahora la nueva Adriana irá al baño donde se encontrará con Mónica, no sabrá por qué pero deseará verla. La mirará sentada en las sillas de descanso, no se escuchará ninguna palabra. Adriana entrará al retrete, se acomodará las medias, hará que pase el tiempo, después bajará la palanca y se escuchará el sonido del agua limpia que bajará por la tubería. Mónica deseará tener una pistola, la pistola aparecerá en ese momento a su lado, la tomará, esperará a que Adriana salga, intentará dispararle pero no podrá, su muñeca temblará, la pistola se caerá de sus manos y la levantará Adriana, quien le apuntará y la acribillará con una sola bala en medio de los ojos. Después Adriana saldrá, se preparará un café y lentamente verá cómo las orquídeas que penden del balcón se transformarán en cardos. Un silencio, mucho silencio, el ruido se escuchará sólo cuando ella sea la víctima.

Entenderían mucho después, que si serían tan parecidas habrían sido amigas en algún momento, una a la otra se platicarían lo que sentirían cuando se mirarían frente a frente. Adriana cavilaría por un momento mientras se polvearía la nariz y diría que pese a todo siempre reconocería que Mónica era una mujer inteligente. Mónica mientras tanto se observaría en el espejo y sentiría el polvo en la nariz, pensaría que Adriana sería un bonito nombre con el que empezaría una nueva vida. Adriana se sonreiría y le diría a Mónica que su nombre es muy bello, de niña ella tal vez se llamaría igual, entonces los nombres se volverían uno, Mónicadriana o Adrianamónica, ambas tomarían el arma y se dispararían la una a la otra, morirían y se incorporarían. En ese baño de mujeres el tiempo no importaría,

porque la metamorfosis se lograría. Ahora sólo saldría una sola mujer que se prepararía un café mientras observaría la transformación de las plantas que es la suya propia, nadie lo sabría, sólo ella, la mujer que sería una niña, la mujer con uno de sus quinientos rostros, ella, la única que puede asesinarse a sí misma, porque ahora sería otra, ésa que empieza, empezaba, empezó, empezará, empezaría, siempre, desde el principio.

Línea sobre línea

No posterguemos más el momento, es necesario que por fin estemos juntos, ¿dónde estás cuando no te veo? *Amalia*

El trabajo me está matando, tener que ver a gente desconocida para ofrecerles un producto desconocido que ellos venderán al mercado de lo desconocido. *Carlos (Y pensar que tal vez nunca leerás esta nota.)*

Soñé contigo, yo traía puesto el vestido negro, creí que ya habías llegado y mientras te servía el té tú me abrazabas por la espalda. Ya no soporto ni un día más.

Ayer fui a la plazuela de este pueblo, tiene una gran fuente en forma de caracol, te vi bañándote, yo te echaba agua y tú jugabas conmigo, salí del sueño cuando un perro me mordió la pierna.

Carlitos va muy bien en el kínder, me preguntó si tenía papá, lo abracé y sentí que eran tus brazos, lo besé y me puse a llorar. *(Ya me cansé de este juego.)*

No me puedo dormir, este hotel está lleno de pulgas y me pican por todo el cuerpo, espero que te rasques cuando a mí me da comezón, así sentiré que estás conmigo. No desesperes, hasta aquí puedo sentir que ya me extrañas. *(Me duele la pierna, tendré que ir a ver al médico, no me gusta cómo se ve la mordida.)*

Me he visto en el espejo, no soy la misma de antes, estoy más gorda, la culpa fue de Carlitos. ¿Cómo nos pudo suceder? me gustaría que lo conocieras, pero te siento más lejos.

Estoy cansado de esto, pensar que yo te lo propuse. Pasaríamos a la historia como la pareja que derrotó al tiempo y al espacio. Sin importar la distancia, nosotros seguiríamos fusionados por el pensamiento, por las palabras. Somos tan diferentes a todos que podemos demostrarles que seguiremos siendo uno... Estoy enfermo, dice el doctor que tendré que cuidarme bien de la mordedura. *(Tal vez estoy diciendo cursilerías, la calentura me hace desvariar.)*

Me dejaste sola. Carlitos llegó a mi recámara, dijo que tenía sueño, después se acurrucó a mi lado, yo le besé la cara, después el cuerpecito, lo lamí encendida por todos lados como una gata a su cachorro, pensé que eras tú, son idénticos. Después él ya no me quiso dar un beso de buenas noches. ¿Por qué me dejaste sola?

Dime que todavía piensas en mí, dime que nada ha cambiado, sé que estás con otro hombre, lo sé, lo siento, pero quién soy para reclamarte, seis años sin verte, sin saber de ti, estoy seguro que día tras día habremos coincidido en los mismos pensamientos, ¿estás aquí? Ven, acércate. *(Ya quiero leer tus notas y compararlas con las mías.)*

Le he pedido a Carlitos que duerma conmigo, no quiere, le he dicho que me tiene que cuidar, él es lo único que me queda de ti, a veces pienso que jamás volveré a verte. Tú y Carlitos se parecen tanto.

Ya todo terminó, la calentura está baja. No tengo dinero y me han escrito del trabajo que mi plaza se ha cerrado. No importa, buscaré otra cosa en cuanto pueda caminar. Extraño tus piernas.

No me ha llegado el dinero, eso era lo único que me hacía saber que todavía existes, ¿te ha pasado algo? Carlitos ya no quiere ir al kínder. *(Estoy cansándome, creo que ya no me interesa continuar con este tormento que nos impusimos.)*

Ha venido el doctor, me tiene que amputar la pierna, le he dicho que no, dice que es necesario. Estoy a punto de llamarte y romper con esta tonta promesa, pero ya sólo faltan tres años para verte.

Hoy no tengo ganas de escribirte, sabes que sólo vivimos del dinero que nos mandas, pero parece que te has olvidado de nosotros, bueno, de mí. Han venido a llevarse la televisión.

La fiebre ha vuelto, pero no dejaré que me corten la pierna, no seré un inválido. Pensar que estaremos juntos es lo único que me hace aliviar el dolor.

Carlitos no quiere comer y en las noches ya no duerme, parece que me tiene miedo, no entiende que yo lo amo, él es lo único que me mantiene viva. *(¿Por qué no das ninguna señal?)*

Ya no puedo escribir, me falta fuerza, me da miedo morir en este hotelucho de pueblo. *Carlos (¿Quién vendrá por mi cuerpo?)*

Estoy muy preocupada, creo que te ha pasado algo, no es sólo por el dinero, pues ya me resigné a buscar trabajo, aunque todavía no me han hablado de ningún lado. *(¿Valdrá la pena todo esto?)*

¿Qué pasa? ¿Dónde estás cuando no te veo? Carlitos se esconde, ya no quiere que lo vea desnudo.

Carlos, siento que ya no eres parte de este mundo. *(Dejaré de redactar estas notas.)*

Hoy fue el día, nuestro día, creí que entrarías por la puerta, pero nada. *(Ya no escribiré más.)*

Hace años prometí no escribir más, pero me siento más sola que nunca. Carlitos se ha ido de la casa, dice que me denunciará y que pasaré el resto de mi vida en prisión.

Tengo miedo, ellos dicen que es mejor que me entregue, no lo soporto más, yo no hice nada malo, lo quise tanto como a ti. (*¿Qué hago Carlos?*) ¿Morir? Me hubiera gustado comparar tus notas con las mías para saber si en todas aparecía yo. *Amalia*



Puntos cardinales

Este

Pensaron que la brújula se había descompuesto. Después de cerca de tres horas de observar el desierto, pudieron darse cuenta de que estaban perdidos. Era la primera vez que viajaban a ese lugar. Agua había suficiente, pero les asustaba que llegara la noche, sobre todo a Karen, quien siempre dormía con algún foco prendido. Paco debía darle ánimos, pero él también tenía miedo, sólo abrazaba la mochila como si fuera el objeto que los salvaría. Continuaron caminando, después se vieron a los ojos y ambos cayeron rendidos en la arena, observaron una pequeña avioneta que llevaba poca altura. Karen se levantó, gritó, realizó una danza árabe, que había aprendido una semana antes, pero la avioneta continuó con su camino. Paco le jaló la pierna y ella se colocó en su pecho. Una tormenta de arena llenó de polvo los anteojos de Karen, intentó limpiarlos con la blusa que le habían regalado en su cumpleaños pero rayó la mica y su visión quedó borrosa. Ambos estaban empanizados por el polvo, eran estatuas. El ruido de una probable serpiente espantó a Paco, pero había escuchado que se debe permanecer inmóvil ante una situación similar, sólo apretó la mochila y cerró los ojos. El aleteo de algún ave fue percibido por Karen, asíó muy fuerte su mano a la de su hermano mayor, él no sintió

los dedos, no sintió las piernas, tampoco el rostro. La tormenta dejó dos montículos en ese desierto solitario.

Oeste

Patricio tenía que pagar la apuesta, tirarse en un paracaídas y demostrar con eso que era un hombre de palabra, así le había enseñado su padre desde pequeño y no podía darle la espalda a tradiciones familiares. Jorge se empeñó en que él lo llevaría a una supuesta escuela de aviación de un amigo suyo. El corazón de Patricio llevaba un ritmo *in crescendo* cada que se acercaba más al lugar. Jorge se emocionaba porque por primera vez ganaba una apuesta, desde niño había perdido incluso en las canicas y ésta era una ocasión especial, no sólo observaría desde la tierra cómo se salían los ojos de su amigo por el susto, sino que además disfrutaría de una botella de vino.

Patricio se colocó el equipo necesario para emprender el vuelo, subió tambaleante al avión y siguió todas las indicaciones que señalaba el instructor, había que seguir todas las reglas comentaba su madre en la infancia. Tomar el vuelo fue complicado, el pequeño avioncito se jaloneaba y las hélices parecían no funcionar. Patricio se persignó y clavó su mirada en la ventanilla, pudo observar algunos pájaros que volaban en forma de V y a lo lejos le llamó la atención un vendedor de hot dogs que sufría por una ponchadura, sólo él alcanzaba a ver esos detalles que pasarían inadvertidos para cualquiera, pero la deformación en la retina potenciaba su visión. El avión tambaleó por un momento, se preveía un aterrizaje forzoso, pero el instructor dijo que no había problema, eran los vientos del norte que querían jugar alguna broma. El avión se estabilizó y tomó altura de nuevo, sólo levantó un torbellino de arena, que después se transformaría en una tormenta. El momento del

descenso estaba próximo, Patricio se acercó a la puerta como le fue indicado y Jorge desde la plataforma se fumó un cigarro cuando ya no pudo ver a su amigo. Sólo había que contar hasta tres, arrojar, tirar de la cuerda y disfrutar de la caída, no debes cerrar los ojos, ése es el pacto. Patricio abrió los ojos, el aire provocaba que derramara lágrimas, recordó que había olvidado los lentes protectores en el avión. Después jaló del cordón. Cayó en dos montículos, sus pies se deslizaron y rodó hasta quedar inconsciente.

Norte

Esa llanta ya le había dado problemas, la esposa le comentó que la arreglara antes de salir a trabajar, pero se le hacía tarde, podían quitarle su lugar, una esquina donde no pasa ni un alma. Nadie compraría un hot dog en el desierto, pero él insistía en pararse todos los días en el mismo sitio, sabía que tal vez llegaría alguien a robar ese espacio en el que había permanecido por tantos años sin vender nada. El carrito tropezó con la orilla de la banqueta que habían construido después del plantón que hicieron los colonos que vivían en el “Arenero”, las autoridades hicieron la acera de tan mala gana que dejaron una punta en forma de flecha que perforó la llanta del carrito de hot dogs de los años sesenta. Jaime se inclinó cuando vio que la llanta estaba perforada y el carrito se había ido hacia un lado, quiso quitarla y poner la de repuesto que traía desde hacía diez años, por si algún día ocurría un imprevisto de ese tipo, pensó que llegaría alguien y robaría su esquina, pero se tranquilizó cuando vio una parvada que indicaba que probablemente llegaría un mal tiempo. Un remolino de polvo se volcó sobre Jaime y le hizo tragar arena hasta que se formó una bola que le obstruyó la tráquea, bloqueando la respiración. Jaime hubiera

querido vender un hot dog algún día, pero su cabeza se incrustó en la punta en forma de flecha que tenía esa banqueta mal terminada.

Sur

Camila estaba tomando café con dos de sus mejores amigas, tenía que decirles que había decidido salir de ese pueblo. Las amigas murmuraron que era imposible, nadie había cruzado la frontera cubierta de soldados, cualquier intento de huir sería sancionado por el regente del lugar, quien tenía el privilegio de quitarles la virginidad a todas las mujeres. Camila ya llevaba su maleta, no había alcanzado a echar muchas cosas, tampoco era que tenía tantas, sólo recordaba un par de zapatos y dos pantalones de mezclilla que ya estaban rotos de las rodillas. Lo único que la detenía eran su padre y su madre, sabía que ellos la necesitaban, una hija única no puede dejar la casa así como así, sólo por seguir una aventura, pero estaba harta de picar el tomate y la cebolla y poner al vapor esas salchichas que su padre nunca vendía. Las amigas recordaron que debían decirle a Camila que estaban enamoradas la una de la otra, al fin que ya se iba, así que al mismo tiempo declararon que hacía tres años eran amantes. Camila estaba incrédula, se levantó de la silla y decidió buscar a su padre para decirle que esa noche saltaría el muro. Las amigas esperaban una respuesta, no la hubo. Camila caminó dos calles, sin embargo no vio el carrito de hot dogs, creyó que su vista ya estaba fallando, caminó otro poco y a lo lejos pudo observar un carrito ladeado, cerca de él estaba un hombre fumando.

Noroeste

Jorge esperó por cerca de una hora para que encontraran a Patricio, recordó que todo aquello había sido una broma, sólo para burlarse de su amigo, pero había dejado de serlo cuando llegó el instructor a decirle que Patricio decidió arrojar-se solo, después de la tormenta de arena no habían logrado encontrarlo. Jorge se fumó un cigarrillo, caminó sin rumbo fijo, ya le habían dicho que no se metiera a ese pueblo de rebeldes, pero era más inquietante para todos transgredir lo prohibido, además el capitán del área era su amigo. Sin embargo, ya no era emocionante, Patricio no aparecía y él se estaba muriendo de hambre. Un soldado le indicó que en la próxima esquina había un carrito de hot dogs, Jorge pensaba en la salchicha grasienta llena de mostaza y de catsup. Antes de llegar a la esquina vio el carrito ladeado y cerca de él a Jaime muerto, prendió un cigarrillo.

Noreste

Patricio pisó los dos montículos, apachurró los lentes de Karen y ésta gritó. Paco pudo hacer muchas cosas para ahuyentar al desconocido, sin embargo sólo le importó respirar, inspiró, se abrazó de la mochila, que cada vez se le hacía más pesada. Las estatuas de arena se sacudieron, Patricio se acercó a ellos. Los hermanos escondieron la mochila, agarraron la brújula que ya tenía rumbo y caminaron. Patricio limpió los anteojos de Karen, pero de nada sirvió. Sin embargo sólo faltaba un kilómetro para que llegaran con las balas que necesitaban aquellos rebeldes de la ciudad en el desierto. Tres puntos en medio del desierto se veían en algún radar.

Suroeste

Camila vio a Jorge y le pidió un cigarrillo, no podía creer que ese hombre con la cabeza agujerada era aquel padre que le contaba que detrás de las murallas había una gran ciudad, le narraba cuentos sobre lugares desconocidos, acerca de personas con diferente ideología. Arrojó la maleta, en ella sólo había unos binoculares. Jorge encendió el cigarrillo de Camila, tomó un pan que todavía humeaba por el vapor, colocó una salchicha, la bañó en mostaza y catsup. Camila le indicó donde estaban el tomate y la cebolla, pero en los recipientes no había nada. Jorge dejó unas monedas en la mano de Jaime en señal de pago.

Sureste

Había una luz, aparentaba que sólo faltaban unos metros para llegar al lugar que se les había indicado, pero descubrieron que era un pequeño faro de éstos que sólo se llevan en los carritos de hot dogs. Patricio lo alcanzó a ver gracias a su mirada prodigiosa, ahora sentía que aquella causa era suya, al intentar tomar un poco de agua vio la artillería y supo que los hermanos no iban de excursión. Se preguntó por qué viviendo tan cerca de ese lugar nunca se había cuestionado quiénes habitaban en ese desierto y por qué, él sólo se limitaba a seguir las reglas, no pasar a cien metros de ese lugar. Karen y Paco estaban temerosos, Patricio había descubierto que eran contrabandistas. Caminaban con pasos largos porque debido a su confusión con el camino seguramente el contacto ya no seguiría esperándolos en la misma esquina de siempre. Por fin llegaron al faro, ahí estaba Jorge comiendo y Camila observando el fondo del recipiente vacío ¿dónde estaban ese tomate y esa cebolla que ella

picaba? Camila dejó su mochila, Paco no creyó lo que veía, Jaime muerto. El corazón de Patricio palpitaba de nuevo *in crescendo* por la emoción, por primera vez había algo real en su vida, rescató a esos traficantes para llevarlos a su destino, hacia ese contacto que ya no existía. Karen y Paco hablaron un momento con Camila, ella sólo pensaba en ese charco de sangre, en el infortunio llevado por esa banqueta mal construida. Decidió levantar el carrito, colocar las balas en los recipientes del tomate y la cebolla. Patricio rápidamente puso la llanta de repuesto. Jorge decidió olvidar y jamás infringió la barrera de soldados. En el cielo se ven aves viajando en forma de V. Sólo quedan puntos cardinales en medio de la nada.



Tales



Doña Monchi

Boceto a lápiz

Anillo en cada dedo, símbolo del nacimiento de un hijo, falta uno, el que ha enterrado recientemente.

Por las tardes la poltrona y a leer la Biblia, *lámpara es a mis pies tu palabra y lumbrera en mi camino*. Los nietos corren por su espalda, mueven la silla. Entre maldiciones y dichos habla del Lencho, ese viento que aparece cuando se le llama a gritos. Miles de gritos, aparecía, niños, hay que correr. Después, sólo quedaba adentrarse en ese pasillo lleno de fotos.

Sus cantos a las hojas y a los pericos resuenan en el oído, *aunque en esta vida no tenga riquezas, sé que allá en el cielo tengo una mansión*.

Nadie podrá reclamarle la muerte de la micifusa, ni la del pinto, cayeron agradecidos a sus pies, ella les rezaba en el lecho. ¿Por qué enterrar a una gata abuelita? ¿Por qué rezarle al perro?

Intermediaria del más allá, fortaleciendo a los del más acá, susurraba al oído profecías inconclusas.

Los domingos a misa sin falta decía a los sirvientes, los sentaba a la mesa junto a ella para contarles sus penas y conocer las de ellos. Las criadas lloraban al dejar a la *Monchi*, el matrimonio las llamaba. Madrina de todos los hijos y maestra de catecismo del que se dejaba.

La Monchi nunca grita, sabe decir la palabra más hiriente, corta cabezas que ruedan para suplicarle el perdón.

De nuevo sacar la poltrona al zaguán, recibir el saludo de los vecinos, para posteriormente esperar la llegada de algún mendigo e invitarlo a la mesa. La Lola se llamaba aquella indigente que no dejó dormir por dos noches. Hubo que acostumbrarse a los vagabundos que se convertían en tíos.

No hay miedo para la Monchi, ella se despierta en la madrugada, ve en la penumbra, cabecea a la hora del almuerzo y de la cena. Dicen que nunca supo cocinar, pero cómo se extrañan aquellos huevos revueltos con las charlas y las historias de la nana y del tata que nadaban en el río Tamazula.

Pasaba horas pintando ángeles, retratando con óleo el rostro de sus diez hijos, ojo grande, ojo pequeño, pero ella decidió pintar a los sesenta años y cantar hasta su muerte. *Más allá del sol, más allá del sol, yo tengo un hogar, hogar, bello hogar.* El canto cesó al enterrar al hijo.

La Monchi ya no puede la poltrona, necesita ayuda, mira el atardecer, sudor que cae a sus ojos y los enchila para dejarla ciega por esos segundos que la llevan a los trece años: el rapto, el hombre treinta años mayor, nueve hijos, viuda a los treinta, vestida de novia a los treinta y dos con el amor de su vida, una sola hija más.

Diez hijos que la rodean, simulan que la escuchan, pero ella habla de Dios durante horas, qué aburrido, la comida se enfría, ellos mueren de hambre, no saben qué les dice. Hasta mucho después esas palabras podrán hacer eco. En la cabeceera de la mesa parte el pastel, ellos quieren su rebanada. Ahora sólo quedan nueve.

Deseamos que la Monchi hable *El Señor es mi pastor nada me falta*, pero ha decidido callar, sólo se asoma por la ventana, observa la poltrona, no piensa. Se está secando como la

micifusa. No hay dolor más grande que el de una madre que pierde un hijo, escucha decir a los vecinos.

Quiere olvidarse de sí misma, nadie se ha dado cuenta. La sacan en la poltrona, la dejan para que hable, ella ya no quiere platicar, no tiene qué contar, las historias se han diluido, queda la espera, la llegada de ese momento definitivo.

La Monchi ya no quiere bañarse, no puede levantarse de la cama, la tele es un zumbido. Visitas que hacen fila para saber, ella no recuerda, invierte rostros para darles otro nombre. Ha decidido terminar con todo, no puede cometer injusticia contra sí misma porque es pecado, esa maldita huesuda que no quiere llegar.

Se quita los anillos, hunde la cara en lavamanos rebosante de agua, la respiración no llega correctamente al cerebro, desiste, todavía no es tiempo. La Biblia no se ha despegado de la cama ¿de qué sirve? ha decidido reunirse con el hijo. El espejo es buen camino para estrellar la cabeza, para pedir viejo reflejo desaparece, tampoco es lo indicado. Coloca los nueve anillos.

La Monchi pide luz, *quiero darte las gracias mi Señor por el don que me das cada mañana*. La poltrona de nuevo sale al portal, se mece lentamente, *por los árboles, los pájaros y el sol, por la lluvia que azota en mi ventana*. Los anillos han caído en el último balance, la poltrona se ha quedado sola. Retrato inconcluso que pende de una pared sin fotos.

Pre- posición

Desde mi poeta

Tras mis nalgas andas siempre, lo he pensando mucho, me incomoda, aunque sentirte *sobre* mí y escuchar tu respiración provoca que me sumerja inconscientemente donde aún no hay un espacio definido.

Ahora, la vitrina, el café matutino y más allá observo las palabras que me dices *sin* sentido. Fumo y ya no estoy acostumbrada. Veo tus ojos tan negros que se acercan, me tocas ligeramente la nuca, acurrucas tu lengua, mi cuello, mi hombro y el pezón que divaga dentro, diminuta masa. Los latidos se aceleran y mi vientre ya está sudando, sabe cuál es tu camino, la flor ya se está abriendo. *Según* tú no me entrego totalmente, así lo creía, pero he encontrado el resquicio, lo imposible; sólo *por* tus rizos que me pican los ojos. Te tengo encima, no, mejor yo arriba, me gusta más, creo que así se puede llegar directo como lanza, me convierto danzarina *para* ver que tus labios se aprietan y tus manos me traspasan. Ahora decides que es mejor otra posición, siento dolor, nunca más, digo, mi cabeza da vueltas, me concentro, entra y sale, entra y sale, entra y sale, y ya no deseo que salga nunca, *hasta* aquí, grito, y nuevamente empiezas. *Hacia* dónde vamos, me pregunto, y sigues, y sigues, es momento, llega el muro látex. Descanso un poco, respiro.

Entre la gente que hace deporte *en* el parque y la gordita que pregunta, dónde está mi perro, estamos nosotros, yo *desde* mi poeta y tú dentro *de* mí. *Contra* lo establecido, el ritual continúa *con* algunas frases cortadas, despacio, despacio. Me gusta que tu espalda crezca porque me siento *pequeña*, sí, así, *pequeña*, *bajo* el manto donde sólo brilla tu lunar izquierdo. ¡Uf! Me estoy cansando, mejor sigue tú, sí, chupa mis pulgares, abre tu boca, ahí podrás observar mejor cómo entras y sales, entras y sales, entras y sales. Eso te gusta, lo sé, te veo, y *ante* mí el reflejo; esa imagen que se queda grabada como la precursora... Espera, escucho algo. Es un ruido, por fin llegas, tus llaves entran y salen, no encuentras la correcta, finalmente una introduce sus dientes lentamente, ya siento tus pasos cada vez más cercanos.

Ahora sí, ya estoy preparada, no necesitamos más preámbulo, una vuelta más *a* la llave y estarás dentro *¡ab!*



Caminante

Los bostonianos pasan invariablemente a la misma hora, con una calma poco usual para esta ciudad con prisa, siempre bien boleados. La suela parece que se les acaba, pero es repuesta por una nueva, entonces, emprenden el camino otra vez desde el principio.

Las zapatillas de charol brillan desde lo lejos, los pasos son pequeños pero acelerados; algunas veces, se ve que están cansadas, pero saben disimular muy bien dejando su resplandor a cada paso.

Soy diminuto, mis dedos se han achatado y las uñas largas están llenas de hongos y de mugre. Colgué mis tenis en el alambre más alto hace mucho tiempo.

Constantemente me interrumpen unas botas de gamuza que juegan a que son sensuales, las he visto acompañadas de unas botas vaqueras, de unos mocasines, de unos botines y hasta de unos huaraches, pero después pasan solas y se alejan hasta perder la exquisitez del paso.

Los converse son cómodos, duran años y nunca se lavan, son los únicos tenis que se han convertido en clásicos. Y aunque existen muchos colores, yo siempre preferí los negros.

Qué extraño, los bostonianos van acompañados de las botas de gamuza, ellas con su paso elegante y ellos demostrando que todavía pueden caminar por mucho tiempo.

Cuando me topé con unos converse rojos, me enamoré de ellos a primera vista, después de un tiempo no los volví a ver.

Algo les ha pasado a las zapatillas de charol, tienen días que no las veo, claro, han sido cambiadas por unas zapatillas de piel de cabra. Es fácil distinguir la piel de cabra, es mucho más rústica que la de vaca y los dedos se marcan en los bordes. El paso ahora es lento y forzado, pero se ven orgullosas al cruzar la calle. Creen que pueden engañar a cualquiera, sin embargo, para mí, seguirán siendo las mismas.

Cuando llega el carnaval, resulta impresionante, todos los modelos, todas las clases, todos los tipos, todos los colores. Siempre termino destrozado por los pisotones, pero alcanzo a ver el desfile por el hueco de las piernas. En una ocasión pude observar, después del paso de una turba de vans con patineta, a los converse rojos, pero cuando pasaron a mi lado, no me reconocieron. Fue mucho antes cuando los converse rojos se alejaron de mí, dijeron que si ya no podía caminar, ya no servía. Eso sucedió, me quedé anclado, muerto, sin movimiento, entonces preferí colgar mis converse negros en el alambre más alto, total, ya no los necesito.

A diario aparecen estilos nuevos, unos que son de astronauta, otros que son sintéticos, algunos indescritibles. Yo prefiero lo clásico, los bostonianos, las zapatillas que ahora son de piel de cabra y las botas de gamuza.

Me arrastro entre ese mundo de zapatos, camino con las manos, estoy inerte y sólo me queda observar desde la acera.

En lenguas

Porque el que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios; pues nadie (que hable en lenguas) entiende, aunque por el espíritu habla misterios.

Corintios 14:2

Nadie entendía lo que Rogelio hablaba, sus palabras se escuchaban como un extraño lenguaje. La torre de Babel se desplomó y no hubo quien se acercara para ver si había algún sobreviviente. Su mensaje cifrado decía:

Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá y yo te mostraré las cosas que sucederán después de éstas.

Y al instante yo estaba en el Espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo y en el trono, uno sentado.

Eso gritaba, pero los oídos también se pueden cerrar como los ojos para apartar lo que no deseamos que entren en ellos.

En su casa, otro hombre, Gabino, intentaba apaciguar su alma, llevaba noches enteras sintiendo el pum, pum, pum, puuum, pummm, de su corazón, había en él un acorde que no se correspondía, un sonido extraño hasta para sí mismo. Las horas transcurrían, llegaba la noche, puuum, pummm se escuchaba de nuevo. Gabino siempre contaba los pasos que lo llevaban a su oficina, trescientos cuarenta y cinco; desde la puerta verde de su casa, hasta la azul del lugar de trabajo. Iba en el número doscientos cuarenta y tres, cuando se topó con Rogelio,

quien lo miró a los ojos, le decía cosas incomprensibles en un idioma extraño que tal vez no era un idioma. Es mucho el tiempo que he esperado para estar frente a ti padre mío y ahora que me siento derrotado, me dices que ha llegado el momento.

Ahora Rogelio estaba frente a Gabino, el palpitar de sus corazones llevaba diferente ritmo. Rogelio creía que dialogaba con alguien, hablaba para sí y sentía que era escuchado. Me encontré con un pasillo largo, miles de puertas, abrí la correcta, no podía creerlo, él estaba frente a mí y me tocaba, ¡yo tocado por la mano de Dios!, entonces me dijo: Ve y háblales de nuevo, no ceses, tienen que entender.

Rogelio arrojaba su discurso, pero a los oídos de Gabino sólo entraban sonidos que más tarde entendería. ¿Cómo puedo demostrar eso a mis hermanos? ¿Quién me va a entender? guíame. Y mientras Rogelio creía que decía todo demasiado claro, de su boca sólo salían símbolos, nunca palabras.

Bendito el Dios y Padre nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de entre todos los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros.

Gabino se quedó pasmado. Algunos curiosos rodeaban a Rogelio, ese hombre poseso, que tiraba espuma. En algún momento, una palabra en latín o en italiano. Pero ¿cómo podía saber idiomas ese pobre miserable? El corazón de Gabino de nuevo empezó con esos sonidos discordantes, pero poco a poco se iba formando una melodía, una lógica entre aquella imagen distorsionada.

Rogelio continuó hablándose a sí mismo: me rindo, ni mi cuerpo, ni mi alma pueden con la carga que me has dejado, no soy el indicado para efectuar tu labor. Me he cansado de repetirles que yo soy el camino, que puedo llevarlos hacia ti, pero

me tildan de loco y me lastiman con su mirada. Llévame contigo y perdóname, porque no pude seguir tus mandatos.

Gabino pensó que ese tipo era una patraña, intentó irse, pero Rogelio lo vio fijamente y vociferó algunas cosas. Entonces los pies de Gabino no pudieron desprenderse de la tierra, su corazón decidió tomar las riendas, pasó de la diástole a la sístole, el ventrículo se llenó, impulsó la sangre a la arteria, la sangre quiso salirse del ventrículo, pero las válvulas sigmoideas lo impidieron. Todo inició de nuevo. Pummm, puuum, pum, pum, pum, pum, pum. Continuó de una forma acelerada.

Las palabras de Rogelio eran más tenues. Soy tuyo, desde ahora te dejo mi legado, sin embargo estaré a tu lado, porque sé que tu reino no tendrá fin. Y al repetirse eso, habló en algún lenguaje evidente para los cielos, pero abstruso para quienes lo rodeaban.

Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos en relación al Verbo de vida. Porque la vida fue manifestada y la hemos visto, y testificamos y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos manifestó.

Gabino observó los últimos vocablos de aquel hombre, notas musicales se tejían en sus labios. Escuchó la armonía, el ritmo, todo se transformaba en una gran sinfonía que simulaba ser una marcha fúnebre.

¡He aquí, vengo pronto! Bien aventurado el que guarda las palabras de la profecía.

He aquí, yo vengo pronto y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra.

Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último.

Yo Jesús he enviado a mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana. Ciertamente llegaré en breve.

Dicho eso, Rogelio se derrumbó a los pies de Gabino y éstos empezaron a desprenderse de la tierra, intentaban huir, pero algo los detuvo, otra vez el corazón, quien supo que ese mensaje iba directo para él, cada palabra entraba cual letrilla que se une a la melodía que ya habían conformado sus latidos. El corazón tomó su nuevo ritmo, ése que le mostraba que su camino sería otro de ahora en adelante, ése para el cual se venía preparando, ese palpar que le enseñaría al mundo entero cuál era la verdad. Después una luz, ruido, un pasillo largo con miles de puertas.

¿Cuál será la correcta? Se preguntó Gabino.



Crónica desde la soledad

Da vueltas como loca en su cama, va de un extremo a otro, sus ojos están cerrados, pero sé que no está dormida. Entro en el registro de su pensamiento y de nuevo intuyo que teme abrir los ojos para no ver que todo está desierto.

Después de tres horas de navegar por el colchón, decide bajar el pie derecho al piso, sabe que le esperaría un día pésimo si bajara el izquierdo, así que toca tierra para sentirse segura. Antes de ir al baño y prepararse un café, tendrá que verse un momento en el espejo, sabrá que ya son muchas las noches que no duerme, lo nota no sólo en las marcas del desvelo, lo ve dentro de sus ojos. Dentro de ellos están los recuerdos y una vida de niña que le encantaría vivir de nuevo.

El momento del café es todo un ritual. Abrir la cafetera, poner el grano molido que le compró al árabe de la esquina y esperar para ver cómo poco a poco la cafetera se va llenando. En algún momento se puso a pensar por largas horas cómo subía el café, después de mucho rato, apreció que era el vapor quien se impulsaba para posteriormente pasar por el recipiente del café y llegar a la parte alta de la cafetera italiana que le regalaron en uno de sus cumpleaños.

En la mesilla redonda, ella tomará un libro que nunca va a terminar o que tal vez ya terminó y no lo recuerda, leerá una línea pero sabrá que lo que importa es a dónde la lleva esa

frase. Tal vez a su tierra, tal vez a una Europa que aún no conoce, pero que ahora sé, conocerá, o tal vez esas palabras la llevarán a su colchón que le pide que duerma de nuevo.

Ella se resiste y prefiere ver la televisión por un rato, cambia de canal sin detenerse en ninguno, lo importante es escuchar algo de ruido, saber que hay personas afuera que dialogan de alguna forma. Apaga la tele después de sentir que sus ojos se están cerrando de nuevo, se espabila un poco y decide tomar un baño. El agua me lleva al río de mis recuerdos, pensará ella en un momento, y una vez regulada la llave y dejado que el agua hierva para cocinar su cuerpo, entrará a esa dimensión, en la dimensión de las gotas que se confundirán con su llanto.

Ahora se mide ropa, la veo desde lo lejos y observo que es hermosa aunque ella no lo crea, todo lo que se ponga le dibujará su silueta aún perfecta para sus cuarenta y cinco años, pero la distorsión del espejo nunca la dejará contenta.

Un sonido estruendoso dentro del hipogastrio le indica que el sabor del aire no es suficiente, ella irá a la cocina y descubrirá el vacío. Pronto notará que una lata de algo aún está llena, comerá ese algo y mientras lo hace, tomará de nuevo el libro y releerá las líneas que se sabe de memoria.

La luz ya no entra al departamento, ella da un suspiro de alivio porque sabe que el tiempo empezará de nuevo mañana.

Doy vueltas como loca de un extremo a otro de la cama, no quiero abrir los ojos porque sé que me encontraré con el desierto de mi vida. La soledad me observa como una intrusa, cree que no me doy cuenta, juego a que hablo a través de ella, me veo a lo lejos, noto que no estoy sola. Ahora sí, es el momento, abro mis ojos y bajo mi pie derecho para tocar la tierra.

El ritual

Para las Hernández

Las extrañaré. Las reuniones se llevaban a cabo por lo menos cada quince días, algunos integrantes en el festejo iban variando pero ellas eran las mismas. El rito empezaba con el descubrimiento de los víveres y después con las mismas charlas de política, de literatura, para terminar con las existenciales. A veces yo me aburría, otras dialogaba o terminaba dormida en el sillón del jaguar. ¿Por qué hasta ahorita? Toña no respondió, se dirigió al baño, verifiqué si habían traído suficiente cerveza para la noche, pero la mamá Yenta sólo llenó la cuarta parte del refrigerador, pensé que tal vez no quisieron gastar o definitivamente no tenían ganas de beber. Por el teléfono. No se les olvide traer cerveza, quiero agarrar valor para contarles. Llevaremos lo de siempre, decía la mamá Yenta. Toña salió del baño y se sentó a mi lado; está bonita la casa, por lo menos tiene dos baños, siempre son necesarios. El edificio está muy feo Alberto, además la colonia parece peligrosa; no va a pasar nada, es el más económico que hemos encontrado, además no tenemos alternativa; tiene alfombra y no me gusta; se la quitamos; pero habrá que pulir los pisos y yo no tengo dinero; yo lo pago; está bien sólo me convencí porque tiene dos baños. Ya íbamos en la cuarta vez de *Tombstone blues*, lo soporté porque sabía que Toña traía algo; cada día sale con más pendejadas; de qué hablas Yenta; el presidente, primero con lo de los negros,

después con las muertas de Juárez y ahora con las faldas de la primera dama; todo tiene que ver con los estúpidos que le escriben el discurso; el problema es que improvisa; risas de mi parte. En la marcha. Se supone que es del silencio no puedes estar hablando; tengo ganas de gritar, de decir consignas, con el silencio no se va a lograr nada; de eso se trata, de ser pacíficos; de qué nos serviría destrozar el centro histórico o agarrarnos a trancazos; por lo menos me desahogaría; de qué Toña; de todo; qué es todo; nada, no es nada. Esperamos durante una hora a Dina, ya no había cerveza y era demasiado tarde para ir por más; te dije que no vendría; seguramente llamará; va a decir que se le olvidó; todo se le olvida. Dina, te dije que vendría porque me he sentido mal, necesito hablar contigo; lo siento amiga pero vendrá Antonio por mí, ya quedé con él; está bien, pero cuando necesites algo por favor no me llames; te prometo que después iré a tu casa; no te creo; ¿qué me querías decir?; nada; dime; no es importante; por favor, faltan cinco minutos para que llegue Antonio, tenemos tiempo; sólo te quería pedir asilo por unos días, Alberto saldrá y no quiero estar sola; es que Antonio se va a quedar a dormir; está bien Dina ya será después, tengo miedo pero qué importa. Toña seguía callada, Yenta empezó a bailar con su sombra, tenía que reflejarse y ver el movimiento de sus caderas para poder sentir que estaba bailando. ¿Qué les parece el antro?; no me gusta la música; veré si pueden poner salsa; Toña ya ligó; ya me di cuenta, eso no es raro; ¿quieren bailar?; no gracias; venimos acompañadas; de quién; de nosotras; son lesbianas; idiota; por fin salsa; ¿bailas?; no gracias, prefiero bailar con mi sombra. Ya me dio hambre; ¿quieres que cocine algo?; no te molestes, yo lo hago; ustedes son mis invitadas; cualquier cosa, atún; siempre comemos atún; les haré unas quesadillas; ¿te parece Toña? está bien; ya no hay cerveza; tengo un whisky. Y de nuevo se

escuchó *Tombstone blues*. Después la mamá Yenta empezó a dar consejos como siempre. No me regañes Yenta; uno no puede andar buscando sólo las cosquillas en el estómago, eso se va; pero mientras dura se disfruta; y de qué te sirve; tú lo dices porque llevas años con Lauro, eso aburre; se disfruta más porque conoces a la persona; no escucharé, además ya llegaron por mí; no vas a salir; Yenta, sólo eres mi amiga; me importa si te pasa algo; no me va a pasar nada; apenas lo conociste ayer; se ve un buen tipo; no vas a salir; quítate. Sonó el teléfono, era Dina; no puedo ir porque tengo que entregar un trabajo para la maestría, además vendrá Antonio y ya había quedado de cenar con él; no te preocupes, ya te conocemos, adiós. Yenta dejó de bailar; me voy a ir; a dónde; a Italia, me ofrecieron una beca; te felicito; Toña suspiró y por fin abrió la boca; ¿por qué yo no?; tú qué; yo también tengo derecho de recibir una beca; creo que ya estás un poco ebria; no lo estoy; ella sabe de qué hablo; no lo sé; siempre has sido la primera en todo, yo quería una beca; por favor contrólense ¿quieren una quesadilla, otro whisky?; eres la que se va a Italia, la que terminó su doctorado ¿por qué yo no?; porque no quieres; sólo eres un año mayor que yo; y eso qué tiene que ver; que yo debí ser la primera, me veo más grande que tú y he tratado de empezar las cosas antes que tú; nunca las terminas, pero ¿a qué viene esto?; mejor se calman, no las invité para que sacaran todos los traumas de su infancia, ni si quiera cuando vivíamos juntas las vi así. ¿Qué hora es Toña?; no sé; ¿ya llegó la mamá Yenta?; se quedó en casa de Lauro; ¿a quién le toca limpiar?; A ti; creo que a ti; yo limpié la semana pasada; entonces a Yenta; sí creo que a ella; ¿tienes hambre?; Sí pero no me quiero mover; compramos algo; ¿qué?; no sé, lo que quieras; no se me ocurre nada; ¿sonó el timbre?; creo que sí; abre; abre tú; ¿quién?; yo; ¿quién yo?; yo, ábreme; tú traes llaves; se me olvidaron; pensé que te quedarías

con Lauro; me vine porque me toca limpiar; entonces pásale; tenemos hambre; ¿qué quieren que les cocine?. Alto a la discusión, las cité por algo y mejor les digo; ¿qué?; sí ¿qué?; me voy a casar; ¿tú?. Te volvió a hablar; ¿quién?; Alberto; dile que tengo novio; ya le dije; siempre dile que no estoy; eso le digo pero insiste; no quiero verlo; no me interesa. Alberto, estoy por Cumbres y Jacobo Dalevuelta, alguien me sigue, creo que es Fernando, mi novio, no encuentro el número catorce; es una casa azul, a un lado hay un parque; creo que la estoy viendo, voy para allá; por fin estás aquí; bonita casa; ¿Dónde está Fernando?; creo que afuera. Yo fui la que le dije a Alberto que nos casáramos; te felicito; yo también; ¿y ustedes cuándo?; cuando Lauro me lo pida; a mí no me hagas esa pregunta; ¿qué tienes Toña? estás muy agresiva; tengo cáncer, eso tengo. Mucho gusto, soy Gloria; yo Toña, ella es Yenta; éste es el cuarto que rento; está chico; no vamos a caber; ¿lo quieren para las dos?; sí, somos hermanas; no se puede meter ningún hombre; está bien. ¿Quieren otro whisky?, nos acabamos la botella, ellas no durmieron, yo me quedé recostada en el sillón del jaguar.

El octavo día

Desde un punto en el universo se ve a la tierra, un simple globo azul, un planeta que mide 12,756 kilómetros de diámetro, el setenta por ciento cubierto por agua. Los hombres nunca han sabido por qué la tierra se eligió para albergar a los seres humanos, no conocen a dónde se va después de la muerte y han intentado esbozar el porqué de la vida. Algunos se han quebrado la cabeza por entenderse a sí mismos y a sus semejantes, por entrar acuciosamente en el cerebro, comprender el porqué de los sentimientos y de las reacciones intempestivas que despiertan en él su instinto animal.

Una nube se construyó en el universo, buscó un refugio para descargar su lluvia ácida sobre los cuerpos. Esa masa visible no se formó por cristales de nieve o gotas de agua suspendidas en la atmósfera, sin embargo, identificaba zonas y planeaba en qué lugar caería; encontró uno, un punto de la tierra. El lugar estaba perfecto, tranquilo, un perímetro no muy extenso y unos habitantes aletargados en sus recuerdos.

La nube espesa sobrevoló por unos momentos. Algunos habitantes salieron de sus casas para observar ese evento que los dejó impávidos. El cielo se había teñido de un color verdoso con matices amarillos. Levantaron el rostro al mismo tiempo y sintieron una brisa que empezó a ennegrecer sus sentimientos; los poseyó uno a uno, transformó sus rostros. Intentaron

huir, sin embargo la nube entró por el resquicio de la puerta que intentó cerrar una mujer.

La mujer se observaba en el espejo, veía su hermosa figura, se quitó la blusa, tocó sus pechos, pretendió palpar más allá, pero se inhibió, volteó para todos lados, se colocó de nuevo la blusa. Avergonzada descubrió que estaba sola, como siempre. Encendió el televisor, buscó algún canal que hablara sobre el tiempo. Al parecer algo había ocurrido con la señal, porque sólo se veían pequeños puntos plateados que no señalaban nada. La mujer observó detenidamente, empezó a buscar figuras, veía un barco y una tortuga, pero la misma nieve de la pantalla cambiaba de posición. La nube lentamente entró en el cuerpo de la mujer, ella cerró los ojos, se dirigió al espejo, empezó a desvestirse, pensó que llevaba años en los que no se veía desnuda, se quitó la blusa, después la falda, vio su gordura, su piel flácida, sus piernas chuecas y su pelvis aún virgen. La mano de la mujer se apoderó de su cuerpo. Sus dedos eran falos embravecidos que deseaban ensamblarse, directamente entraron casi juntos, no cabían pero qué importaba, había que romper todo aquello que obstruyera su paso. La sangre empezó a fluir, mojó la mano, piernas, pies, dedos y uñas enterradas en el piso. La mujer no se inmutó, había sentido cierto placer aún en su autoviolación, sin embargo no se atrevió a voltear al espejo. La nube abandonó el cuerpo y entró por una ventana abierta donde se veía comer a toda una familia.

El padre en la cabecera masticaba lentamente, veía a la madre que estaba a un lado y le sonreía. La hija menor observaba fijamente el plato con ravioles y comía unas migas de pan que estaban en el mantel. El hijo mayor desde la cabecera opuesta al padre, tenía el plato limpio, ni siquiera se había servido, minutos antes había mencionado que no tenía hambre. La nube dominó a cada uno de ellos, el primero en sentirla fue el padre.

—Nunca me han gustado los ravioles, odio los ravioles ¿crees que porque fuiste a Italia en tu niñez puedes ufanarte de que sabes hacer ravioles? Los he vomitado, las cañerías están podridas por mis ácidos estomacales. No soporto el vino tinto, ni los manteles blancos.

La madre reaccionó.

—No me gusta preparar ravioles, nunca me ha gustado, pero es el único alimento que masticas correctamente, ahora lo sé, no te gusta, por eso tus mordidas eran pequeñas y discretas. Mientras que con cualquier otro platillo deglutes como cerdo, comes con el deseo de que nunca se termine la comida. Tu saliva ha entrado hasta en mis ojos y tu aliento lo respiro a cada momento. Pretendes besarme para recordarme lo que acabas de engullir. No quiero tus besos.

Los hijos salieron de su letargo. Interrumpió la hija.

—Esta casa es demasiado pequeña, necesito una recámara para mí sola. Donde pueda caminar desnuda, pensar, llorar cuando recuerdo las manos de mi hermano. No lo quiero cerca de mí.

El hijo se quedó mudo, paralizado, no sabía si abofetear a la hermana o decirle que está enamorado de ella, eso no está mal, sus padres siempre le han dicho que el amor es bello, así que no se avergüenza de lo que experimenta. Se hinca y besa los pies de la hermana. Los padres no se inmutan de la escena, porque aún están enfrascados en los ravioles. La hija toma el cuchillo con el que minutos antes partió el pan, titubea un poco, pero al recordar la noche anterior, lo clava en el cuello de su hermano, como si fuera una asesina experta. La sangre cae en la copa de vino tinto. Por fin dejará de dormir junto al

hermano. La nube abandona los cuerpos. Los padres discuten sobre la comida italiana, mientras la hija limpia la mesa.

Unos niños que jugaban en un patio trasero, sintieron la espesura de la nube. Se pelearon como se pelean los niños, discutieron por un juguete que los dos querían. Se prometieron que se delatarían mutuamente con sus madres. Uno de ellos resbaló y su rostro fue a dar al piso, la frente se inflamó y le quedó un cuerno digno de un unicornio. El otro niño se angustió al ver llorar a su compañerito, le obsequió su juguete y siguieron divirtiéndose. La nube sobrevoló algunas calles, deseaba encontrarse una presa más fácil y ahí estaba, regando el jardín.

La viuda mojaba las plantas y podaba las flores. El material verdoso le entró por los ojos, pero ella seguía regando. Después tomó las tijeras y cortó cada una de las flores del jardín, se tumbó sobre ellas, percibía los olores mezclados, se regocijaba en sus recuerdos. El marido muerto un año antes, el hijo asesinado unos meses antes, el perro dejó de ladrar días antes y ella dejó de vivir unas horas antes. La viuda se incorporó, agradeció a esa nube por darle fuerza necesaria. Entró a la sala, vio el enorme crucifijo que siempre había sido el protector, lo tomó, lo estrelló contra el suelo, después lo escupió y lo pisoteó. Una ola de tranquilidad inundó el cuerpo de la viuda.

La nube persiguió a un hombre que caminaba solitario por una de las avenidas principales, sus pasos eran apresurados, parecía que alguien lo iba persiguiendo. En realidad era él quien hostigaba a una adolescente que dio vuelta en una esquina. La adolescente asustada se refugió en una callejuela sin salida, le gritaba a ese hombre, su maestro, que no le hiciera daño de nuevo. Esta vez la nube no quiso penetrar en el individuo, sólo asechaba. El hombre jadeaba, parecía un toro en brama. Se decía a sí mismo: Antes te gustó, querías sacar provecho de

mí, no te haré daño, sólo quiero volver a olerte, déjame tocar-te, lo haré lentamente, esta vez será con más delicadeza.

La adolescente se acomodaba la falda a cuadros, veía los ojos del hombre y agachaba la mirada, no podía soportar esos ojos que la desnudaban. Ella discurría: Me van a matar, me dirán que los he defraudado, prometí que este semestre no pasaría de nuevo. Por favor maestro no me vea, no quiero que me vuelva a tocar. Mamá no me dejará salir por dos semanas, papá no me dará dinero si vuelvo a reprobar la misma materia. Sus ojos no me gustan, pero...

La adolescente sale de su escondite, se acerca al hombre, lo toma de la mano, se pierden en una nueva callejuela.

Aquella nube continuó recorriendo la pequeña ciudad, encontró varias presas, todas muy fáciles y accesibles. Cada alma tomada aumentaba su tamaño, se apoderó del pueblo, de la ciudad, del país y de casi la tierra entera. Existen algunos lugares que aún no visita, sin embargo cuando una persona que ha sido tocada por ella, emigra, se lleva consigo esa esencia y empieza a sembrarla en el corazón de quien lo permite. Aún no se ha encontrado una vacuna para ser inmunes, ni siquiera un campo protector que ahuyente a esa bruma.

Desde cualquier punto se puede observar a la tierra cubierta por una capa verdosa, sin embargo se hayan algunos huecos aún vírgenes, una vez cubiertos, el planeta dejará de existir. Sólo entonces empezaré el octavo día e iniciaré la reconstrucción.

La ciudad de los muertos

Para Julio César Monárrez, mi tío

1. INT. LÍNEAS TELEFÓNICAS. DÍA

Observamos cómo, desde el interior de la tierra, diversos cables telefónicos, al parecer, se dirigen a varios puntos, seguimos su trayectoria.

VOZ FEMENINA 1 (OFF)

¿Lo mataron?

VOZ MASCULINA (OFF)

¿Estás seguro que a Julio? Es una broma
¿verdad?

VOZ FEMENINA 2 (OFF)

¿Estás hablando de mi hermano?

VOZ FEMENINA 3 (OFF)

Nooooooooooooo

La ciudad

Me invitaron a visitar a un muerto, no me pude rehusar, la invitación llegó por una llamada telefónica, tomé la vía más rápida.

Desde el cielo se podía ver que la ciudad estaba protegida por el caparazón de una tortuga, en realidad no sé si era una protección o simplemente una armadura para no llegar tan fácilmente al centro de las cosas. Pisé la tierra y entendí que ya todo había cambiado. El aire caliente que entra y se aloja en el nervio óptico fue mi primer anfitrión. Mis pasos eran pausados, todo estaba en otra frecuencia, una más lenta y aletargada, después, al recoger mi maleta, pude observar que a lo lejos estaba un letrero. BIENVENIDOS A LA CIUDAD DE LOS MUERTOS.

Esperé un rato, en aquel desierto sólo estaban ellos, los cadáveres, se desplazaban fácilmente de un lugar a otro, mientras que yo no podía mover un solo dedo. Alguien llegó por mí, sentí su mano fría y su mirada caliente, caminé a su lado y me subí al coche.

Los árboles, aunque verdes, tampoco tenían vida. Los miles de difuntos reían, y cada carcajada suya era un bramido para mis oídos. Quise correr, regresar a otra ciudad de muertos más vivos, pero no podía perder esa invitación, así que permanecí inmóvil; no deseaba olvidar ningún detalle de ese mundo desconocido. A lo lejos alcancé a observar a un vivo, me di cuenta de que lo era por el brillo en su mirada, por más lejano que estuviera se veía una luz, pero una jauría de difuntos lo encrucijó y lo hizo pertenecer a su clan.

En el camino observé otro par de vivos, se escondían y me veían como si yo fuera su cómplice, alguno se acercó a la ventanilla del auto y me gritó que aún había tiempo de huir, pero permanecí indemne. Le dije a mi acompañante que prosiguiera el camino.

Por fin llegué al lugar de concentración de los extintos, parecía que festejaban al nuevo miembro, todos me veían, me abrazaban con su frío cuerpo, otros me jalaban, nadie en ese lugar tenía la mirada de un vivo.

Me dirigí al lecho, sólo pude dar un paso, el rostro de la madre no me permitió caminar más. Me detuve, ella frente a mí. Para la Madre yo sólo era una mancha más en medio de aquellas que le susurraban, le pregunté lo que pasaba, estaba muda, le rogué que me lo dijera, por fin, después de tomar aire abrió la boca.

2. INT. COCINA. DÍA

JULIO (48) termina de desayunar.

MUJER (33) lava los platos con agua caliente, el vapor sube hasta su rostro, vemos que JULIO le está dando un beso en la mejilla. JULIO se da la media vuelta.

MUJER
Julio.

JULIO voltea.

JULIO
¿Qué?

MUJER
Que Dios te bendiga.

La Madre

Estrellé los huevos en el sartén, calenté las tortillas, sonó el teléfono, no quise contestar porque se me hacía tarde. Fue mi viejo el que levantó la bocina, yo sólo escuché lo que no era posible.

Intenté encender el auto pero no pude, entonces mi viejo quiso manejar, yo sólo levanté la cara al cielo y pedí fuerzas. Nunca vi a un muerto. Estamos acostumbrados a que les ocurra

a otras personas, a éstos que se ganan que los maten. Nosotros nunca nos metemos con ellos, para qué, pero están por todos lados, te piden que pertenezcas a su mundo, y si los rechazas te matan y si los aceptas te matan. Yo creía que la gente inventaba, que los cadáveres que aparecían diariamente en las esquinas eran simplemente para presionar a la autoridad. Yo nunca he visto a un muerto, eso creía, pero ahora sé que he caminado al lado de ellos y no los había reconocido, les he estrechado la mano y les he besado la mejilla. Los muertos nos rodean, pensé que los inventaban, que no existían.

Yo nunca creí ver a un muerto. Primero vi la sangre y el orificio, lo tapé con mi mano, pero era una fuente que brotaba de su rostro, cuando por fin entre aquella mancha busqué un suspiro, me di cuenta que estaba frente a un muerto, frente a mi hijo. Me vi rodeada de todos y todos fallecimos al lado de él. Yo he visto a un muerto, eso me dicen.

La Madre se acercó a la Hermana que impávida veía el ataúd, pude dar otro paso, pero la Hermana asió mi mano y la apretó tan fuerte que mis dedos se entumecieron y empezaron a caer al lado de mis zapatos.

3. EXT. COCHERA. DÍA

JULIO se sube al Jeep, los cristales están arriba, toma el control de la puerta eléctrica, al oprimir el botón, se da cuenta de que no funciona. Sale del auto y abre el portón.

La Hermana

Él fue mi padrino de bodas, el padrino de mis hijos y como un segundo padre para mí. Me llevaba de vacaciones, platicaba

con mi esposo cuando algo andaba mal, él me regaló esta medallita en navidad. Dentro de una semana iríamos a Las Vegas a festejar los quince años de una sobrina.

¿Por qué a él? ¿Alguien me puede decir quién lo hizo? Yo lo voy a encontrar y le preguntaré ¿por qué a él? ¿Por qué así?

Ahora me he convertido en una momia, no quiero ver a los que aún respiran, todos tienen que morir igual que yo. ¿Por qué han de caminar por las calles cuando yo ya no puedo hacerlo? ¿Por qué han de tomar de la mano a sus hijos, cuando los míos ya no tienen recuerdos? No quiero ver a nadie. Tenemos que acabar con ellos, se comieron a mi hermano y debo exterminarlos. Ahora tengo a un muerto, lo llevo en el lomo, alguien me tiene que aligerar el peso, y si nadie puede, tendrán que cargar uno como lo hago yo, porque en esta ciudad no hay nadie que no lleve esa carga. Desde hoy voy a caminar arrollando a cualquiera.

Antes presumía de pertenecer a una de las pocas familias felices, completas, enteras. Me pavoneaba que a mí nunca me pasaría, pero fue suficiente un simple parpadeo para darme cuenta de que siempre pertencí a ellos: cuando veía a mis amigas y me contagiaban su dolor, a cada paso me topaba con la miseria. Poco a poco me iba convirtiendo en una de ellos, pero faltaba la estocada final, esa que me llevaría a la muerte. ¿Alguien me escucha? ¿Alguien puede decirme por qué? ¿Por qué a él?

La Madre se acercó a la Hermana, la recostó en su pecho, la amamantó. Ella se quedó dormida por unos instantes, al despertar, dijo que había tenido una pesadilla. Yo intenté acercarme más.

4. EXT. CALLE. DÍA

Un HOMBRE (40) camina sigilosamente. POV (Punto de vista) del HOMBRE que observa cómo JULIO se sube de nuevo al Jeep. Vemos el rostro del HOMBRE, está sudando, respira hondo. Saca de la parte trasera de su pantalón una pistola calibre nueve milímetros.

El funeral

Todavía no quería ver el rostro del muerto, me faltaban algunos pasos para llegar al ataúd. Pensé que ellos no me dejaban verlo, pero en realidad era yo quien no quería llegar. Sentí que todos eran gatos que se escondían para que no los viera, pero me arañaban, me rasgaban la ropa. Di otro paso, me topé con una de las hijas, no supe qué decirle, yo nunca antes había dado el pésame. Ella fue quien me abrazó, me dijo cosas que no recuerdo, porque su llanto era tan fuerte que se confundía con el sonido de sus palabras, sin embargo, entre sus lágrimas, pude dilucidar que ella estaba indignada, confundida, pensaba que todo era una mentira. Me pedía que le dijera que nada era cierto, gritaba que deseaba un milagro, quería que existiera la resurrección al tercer día para que su padre estuviera de nuevo con ella, lo lamenté, pero le dije que él ya no estaba y no volvería a estar, ésa era la realidad. Ella me pidió que mintiera, pero no pude, después cayó a mis pies, alguien me dio un frasco con alcohol y se lo di a oler. Proseguí mi camino, tenía que llegar a la caja, pero las palabras de los difuntos me perseguían, cada vez se hacían más claras a mis oídos. La autoridad decía “Sólo pregúntenme de beisbol, hoy no hablaré de muertos, eso es muy común, pasa todos los días, no sé de qué se admiran”. Otros hablaban: Era muy buen doctor. Tú naciste gracias

a ese señor que ahora está en esa caja. Yo no podía tener hijos y él me ayudó. Era mi colega. Ayer lo vi, platicamos en la comida, me decía que tal vez ampliaría la clínica. ¿Qué voy a hacer ahora? Esa última frase fue la que hizo que me detuviera ¿Qué voy a hacer ahora? Era el Hijo quien hablaba.

5. INT. COCHERA. DÍA

JULIO busca algo en su camisa, saca el celular y lo guarda de nuevo en el bolsillo. Enciende el Jeep.

El HOMBRE ha entrado a la cochera, lleva la pistola en la mano, se acerca al auto por el lado del chofer. El HOMBRE dispara, pero sólo rompe el cristal del auto. JULIO voltea, no entiende lo que sucede. El HOMBRE dispara de nuevo, esta vez la bala entra en la cabeza de JULIO. El HOMBRE corre, se esconde la pistola en la parte trasera del pantalón.

La MUJER llega corriendo, se acerca a JULIO, grita.

NIÑA 1 (13) llega corriendo, observa los vidrios que ha dejado la detonación, se clava uno en el pie, pero no se percata, sigue corriendo, hasta salir a la calle.

NIÑA 2 (10) también llega corriendo, ve que la MUJER está paralizada, mira el rostro de JULIO bañado en sangre.

NIÑA 2
Papi

FADE A ROJOS

El Hijo

¿Qué voy a hacer ahora? Antes podía reprocharte que no estuvieras conmigo cuando te necesité, que te olvidaste de mí por vivir con tu otra familia. Me pediste que aceptara a tus hijas, a esas que yo no veía como mis hermanas, nunca pude, ellas representaban para mí eso que te alejó de mi lado. Quería verte a los ojos para gritarte que no bastaba con tu dinero, que mi madre lloraba, que no deseaba caer en tus mismos errores, que no eras un Dios para intervenir en la vida de todos, que no tenías el poder sobre mí, que yo era el único al que no debías manejar, pero siempre tenías la razón, hablabas y con una palabra tuya yo bajaba la guardia. ¿Qué voy a hacer ahora?

Voy a ser como tú, aprenderé cada una de tus palabras que aún tengo grabadas, aceptaré porque algún día me dijiste que así debía ser, aceptar, aceptar. Eso haré.

El Hijo cerró los ojos y se paró frente a los asistentes, habló como antes lo hacía el padre, aceptó a sus hermanas, a la muerte y a la vida. Mientras tanto yo pude dar otro paso, vislumbré una mano, la del muerto, esa mano me llamaba.

El lugar del suceso ya está acordonado, alrededor de DIEZ PERSONAS observan. Dos policías conversan entre ellos. El HIJO (27) a lo lejos, llora en silencio.

La MADRE (67) abraza a JULIO, trata de tapar con la mano el orificio que dejó la bala, sin embargo la sangre sigue saliendo. El HIJO se acerca a la MADRE.

MADRE

Todavía está caliente, haz algo,
tú también eres doctor.

HIJO

Abuelita, que más quisiera yo,
pero mi papá está muerto.

FADE A ROJOS

La caja

Por fin estaba cerca, vi su rostro, parecía plastificado. En un primer momento pensé que no era él, después abrió los ojos, me miró por un largo rato, yo estaba muda, quise decir algo, pero no pude, no sabía si llorar o reír, entonces decidí reír, reír por mucho tiempo para esquivar su mirada. Cubrí mis ojos y al destaparlos, él estaba igual, inerte, frío, solo. Abrió la boca y me pidió que escribiera, no quiero escribir le respondí, no puedo hacerlo. Él de nuevo me pidió que lo hiciera, pero el llanto no me dejaba responderle, quería destrozar al culpable, pedirle explicaciones, pero él me repetía que escribiera algo. No quiero escribir, no puedo hacerlo. Me niego a jugar con las palabras, me rehúso a inventar frases que no han sido dichas por nadie. Me abstendré de crear personajes que sufren ficticiamente. No quiero buscar una historia coherente, una estructura aristotélica. No deseo desarrollar un mundo de convenciones, cuando mi corazón está llagado y no puede pronunciar palabras. ¿Cómo escribir algo sobre lo que no sé? ¿Cómo puedo teclear frases que serán huecas? No puedo escribir, no quiero. No podría desarrollar héroes sin error trágico. No quiero crear mundos imaginarios donde tendría que santificar a Malverde. No quiero hacer personajes sobre mafiosos para darles aun más grandeza de la que ya tienen. No

deseo que todos se mofen de una realidad que ni siquiera conocen, de una historia simulada donde el héroe es el asesino. No quiero escribir sobre cárteles inexistentes. No deseo convertirme en escritora del norte. No quiero escribir sobre una ciudad donde nadie se da cuenta de lo que pasa, donde el pavoneo de las mujeres es más importante, donde los autos y su rechinado de llantas es primordial, donde Versace, Armani, Lamborghini y Cadillac son los dioses benévolos del olimpo, donde la justicia la imparte la mejor arma, donde la vida, es la propia muerte. No, no quiero, no quiero pertenecer a la Ciudad de los Muertos.

Quiero correr para ver a lo lejos, para reírme de que en mi tierra la gente muere por no ceder el paso. Prefiero seguir leyendo sobre lo que no ocurre. Es mejor que me pregunten si todo lo que se dice en la “literatura” de este lugar es cierto.

No quiero escribir, no puedo. No quiero escribir, no. No quiero escribir.

No quiero. No.

Él estaba en el ataúd, su rostro impávido, su boca apretada, sus oídos cerrados, sus manos entrelazadas, su vientre hueco. Entonces supe que él por fin había descansado.

No quiero escribir, no puedo, sin embargo ahora escribo porque las palabras también pueden ser balas, también pueden ser flores.

6. INT. RECÁMARA X. NOCHE

JOVEN X (20) ve la televisión. En el televisor se ve que el cuerpo de Julio es trasladado en una camilla. JOVEN X cambia de canal.

FIN

Índice

Palabras previas	9
Cuentos	13
Llaves	15
Nunca serás nada	17
Signos entreverados	21
Hoja en blanco	25
Último parpadeo	29
Aliteración	35
Línea sobre línea	39
Puntos cardinales	43
<i>Tales</i>	51
Doña <i>Monchi</i> . Boceto a lápiz	53
Pre- posición	57
Caminante	59
En lenguas	61
Crónica desde la soledad	65
El ritual	67
El octavo día	71
La ciudad de los muertos	77

Tales Cuentos,
de Glafira Rocha,
se terminó de imprimir en
Editorial Pandora, S.A. de C.V.,
Caña, N° 3657, La Nogalera,
Guadalajara, Jalisco,
en el mes de noviembre de 2005.
Su tiraje consta de mil ejemplares.